



UNIVERSITÀ
DEGLI STUDI
FIRENZE

FLORE

Repository istituzionale dell'Università degli Studi di Firenze

Delmira Agustini, Poesía completa

Questa è la Versione finale referata (Post print/Accepted manuscript) della seguente pubblicazione:

Original Citation:

Delmira Agustini, Poesía completa / M. Canfield. - STAMPA. - (2009), pp. 5-213.

Availability:

The webpage <https://hdl.handle.net/2158/391004> of the repository was last updated on

Publisher:

Sibila - Biblioteca de poesía en español

Terms of use:

Open Access

La pubblicazione è resa disponibile sotto le norme e i termini della licenza di deposito, secondo quanto stabilito dalla Policy per l'accesso aperto dell'Università degli Studi di Firenze (<https://www.sba.unifi.it/upload/policy-oa-2016-1.pdf>)

Publisher copyright claim:

La data sopra indicata si riferisce all'ultimo aggiornamento della scheda del Repository FloRe - The above-mentioned date refers to the last update of the record in the Institutional Repository FloRe

(Article begins on next page)

Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...

Delmira
Agustini
poesía completa



edición y prólogo de
Martha L. Canfield

DELMIRA AGUSTINI
POESÍA COMPLETA

BIBLIOTECA
SIBILA • FUNDACIÓN BBVA
DE POESÍA EN ESPAÑOL



Sibila
Fundación BBVA

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© DE LA EDICIÓN Y EL PRÓLOGO, MARTHA L. CANFIELD, 2009
© DE ESTA EDICIÓN, SIBILINA S.L.U. Y FUNDACIÓN BBVA, 2009

edición SIBILINA, S.L.U.
Jamerdana, 3
41004 Sevilla
tel.: 34 954 226 720
fax: 34 954 226 661
e-mail: informacion@sibila.org

diseño y producción ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

impresión J. DE HARO ARTES GRÁFICAS, S.L.
ISBN 978-84-936669-9-6
depósito legal SE 1687-2009

DELMIRA AGUSTINI
POESÍA COMPLETA
EDICIÓN Y PRÓLOGO DE
MARTHA L. CANFIELD

INTRODUCCIÓN

En vos, y por vos, hablan todas las mujeres que en el mundo han sido.

ALBERTO ZUM FELDE

UNA VIDA TRÁGICA

Delmira Agustini nació el 24 de octubre de 1886 en Montevideo, en el seno de una familia acomodada de la burguesía uruguaya, de ascendencia alemana por parte de madre, María Murtfeldt, y de corsos franceses por parte de padre, Santiago Agustini. Como era frecuente en esa época, sus padres la educaron en casa, haciéndola estudiar asimismo francés, pintura y piano.

Desde muy niña manifestó una particular propensión a la escritura y una preferencia por la poesía. A los dieciséis años empezó a colaborar con la revista *La Alborada*, primero con sus propios poemas y luego, en 1903, participando en una nueva sección a la que ella misma dio el título de «Legión etérea», consistente en una serie de semblanzas de mujeres notables de la época, entre otras su amiga María Eugenia Vaz Ferreira (1880-1925), algo mayor que ella y ya muy conocida.

En el *atelier* de pintura que frecuentaba, conoció al joven André Giot de Badet, francés, con quien estableció una relación de afectuosa amistad. Con él hablaba en francés, leían juntos e intercambiaban libros. Giot tradujo algunos poemas de Delmira que fueron publicados en revistas francesas.

A pesar de que la crítica, en general, ha querido subrayar la presión familiar sobre la autora, y en especial el carácter dominante y opresivo de su madre, no hay pruebas de ello, si no se toman como indiscutibles los juicios negativos del yerno, hacia el cual parece que doña María Murtfeldt manifestó muy poca simpatía desde el principio¹. Es un hecho que Delmira se casó con él contra su parecer. En cambio es seguro que sus padres apreciaron y estimularon el talento de la joven y colaboraron con ella de distintas formas: llevándola a la redacción de revistas y periódicos para que presentara sus escritos, favoreciendo encuentros con los más importantes intelectuales de la época y, primero su padre y luego su hermano Antonio, transcribiendo sus textos. Desde el principio su padre estuvo

¹ Una de las pocas voces en desacuerdo con este lugar común de la crítica es Magdalena García Pinto: véase su «Introducción» a Delmira Agustini, *Poesías completas*, Cátedra, Madrid, 1993, p. 17.

seguro del valor literario que tenían y se dedicó a ordenar y pasar en limpio los borradores de cuadernos y papeles sueltos, dejados por Delmira, a veces con el agregado de nuevas correcciones. Hoy día esas transcripciones de Sebastián y Antonio Agustini forman parte del Archivo Delmira Agustini situado en la Biblioteca Nacional de Montevideo.

En 1907 Delmira publicó su primer poemario: *El libro blanco (Frágil)*, compuesto por cincuenta y un poemas, algunos de ellos sin título, treinta de los cuales serían luego recogidos antológicamente por ella misma en la edición de *Los cálices vacíos*. Tres años más tarde, en 1910, publicó *Los cantos de la mañana*, formado por diecinueve composiciones en verso, dos de las cuales reunidas bajo el título común de «Elegías dulces», y tres en prosa, denominadas simplemente «Poemas». Para esta fecha ya es novia de Enrique Job Reyes, un subastador de ganado, un año mayor que ella, con quien no podía existir ninguna afinidad intelectual, pero sí, como se verá, una gran atracción sexual y una dependencia emotiva, con la persistente regresión infantil evidenciada en las cartas y mensajes que le enviaba cotidianamente. Después de un noviazgo formal de cinco años, el matrimonio se llevó a cabo en agosto de 1913.

Seis meses antes, precisamente en febrero, Delmira había publicado su tercer libro, *Los cálices vacíos*, formado por veintidós poemas originales, el primero de los cuales está en francés, precedidos por un «Pórtico», altamente elogioso, de Rubén Darío, seguidos por una selección antológica de sus libros precedentes, y cerrados con una serie de juicios críticos, entre los cuales hay nombres muy famosos como Miguel de Unamuno, Francisco Villaespesa, Julio Herrera y Reissig, Roberto de las Carreras, su amigo Manuel Ugarte, y varios extractos de editoriales de periódicos y revistas de gran difusión en la época. Está claro que Delmira tenía conciencia de su propio valor y del prestigio que estaba ganando y deseaba consolidarlo. Allí mismo, en una especie de epílogo, «Al lector», promete un próximo libro, del cual tiene ya el título, *Los astros del abismo*, con el cual espera —dice ella misma— alcanzar «la cúpula de mi obra». La declaración parece atestiguar una proyección de Delmira en el futuro, por lo menos en cuanto a su tarea literaria.

En la boda son testigos por parte de la novia Carlos Vaz Ferreira y Juan Zorrilla de San Martín. Se dice que el mismo día de la boda y poco antes de la ceremonia, Delmira, atormentada por las dudas, pidió consejo a su amigo, el escritor argentino Manuel Ugarte, con quien ya había

establecido una relación epistolar amorosa; pero él, probablemente por temor de un escándalo social o por el vínculo que eso generaría entre los dos, le aconsejó que no se echara atrás y se casara. El consejo, evidentemente, no fue acertado, pues pocas semanas más tarde Delmira decidió regresar a la casa de sus padres. Es famosa la frase dirigida a su madre, para explicar la dramática decisión de abandonar al esposo: «No puedo soportar más tanta vulgaridad». No obstante, a pesar de ello, y a pesar de que de común acuerdo se tramitara el juicio de divorcio, Delmira se siguió viendo con Reyes, dos o tres veces por semana, en el cuarto alquilado por él en casa de un amigo, donde se había ido a vivir después de la separación. Esas citas amorosas clandestinas tenían tal vez la finalidad de realizar un deseo secreto que, según la hermana de Reyes, consistía en «transformar a su esposo en amante». Sea como sea, la anómala situación terminó de la manera más trágica: el 22 de junio de 1914 se finalizó el juicio del divorcio y el 6 de julio los amantes se encontraron como de costumbre. Pero esta vez, Enrique Job Reyes, armado de pistola, le disparó dos balazos a Delmira en la cabeza y después disparó contra su propia sien. Delmira murió inmediatamente; él falleció dos horas más tarde en el hospital.

Esta trágica historia, las ambigüedades de los documentos existentes —como la carta que Reyes le escribió a Delmira después de haberlo ella abandonado y regresado a casa de sus padres— y algunas declaraciones de amigos y parientes de la pareja², así como el contraste entre la poeta asediada por la sexualidad y la joven añorada de las misivas o del diario, han fomentado una nutrida bibliografía de especulaciones críticas, de obras dramáticas y narrativas donde la historia se mezcla con la ficción³ y en definitiva han condicionado la exégesis de la obra misma de Delmira.

El libro que ella había proyectado y anunciado en el cierre de *Los cálices vacíos* fue publicado póstumo, en 1924, con la supervisión de la familia y bajo el título general de *Obras completas de Delmira Agustini*, dividido en dos tomos, *El rosario de Eros* y *Los astros del abismo*.

2 Cfr. Ofelia Machado, *Delmira Agustini*, Ceibo, Montevideo, 1944; Clara Silva, *Genio y figura de Delmira Agustini*, Eudeba, Buenos Aires, 1968; Alejandro Cáceres, «Doña María Murtfeldt Triaca de Agustini: hipótesis de un secreto», en Uruguay Cortazzo (coordinador), *Delmira Agustini. Nuevas penetraciones críticas*, Vinten Editor, Montevideo, 1996, pp. 13-47.

3 Entre todas es necesario destacar la obra de Omar Prego Gadea, *Delmira*, Alfaguara, Montevideo, 1997, donde la investigación histórica y la reconstrucción de los hechos predomina sobre la invención narrativa.

El Uruguay en el que vivió Delmira Agustini era, por un lado, la república progresista que se estaba consolidando gracias a las reformas del gobierno de José Batlle y Ordóñez, donde las mujeres salían del hogar para estudiar y trabajar –había una Universidad de Mujeres de la cual María Eugenia Vaz Ferreira fue secretaria–, tenían derecho a cuarenta días de reposo por maternidad y podían optar por el divorcio por su sola voluntad, sin el acuerdo del marido. La Iglesia y el Estado estaban separados, a diferencia de lo que ocurría en muchos otros países hispanoamericanos, y ante la ley tenían validez únicamente los vínculos civiles. Se propiciaba la educación pública y la escuela primaria era ya gratuita y obligatoria. Por otro lado, sin embargo, se mantenían costumbres provinciales y usos marcados por una mentalidad conservadora, decimonónica, que la nueva oleada de individualismo antiburgués podía sólo escandalizar. Era lo que hacían Julio Herrera y Reissig y sus amigos de la «Torre de los Panoramas», quienes declaraban sin ambages su adicción a las drogas, su adhesión al nihilismo y al amoralismo nietzscheano, la práctica del erotismo sin trabas. Podemos creer que el desconcertante contraste entre el infantilismo de La Nena –como llamaban a la joven Agustini en su casa– y la profundidad abismal de la poesía de Delmira están de alguna manera vinculados a la ambivalencia de la misma sociedad en la que vivió.

Los grandes conflictos americanos no habían visto implicado al Uruguay: la guerra del 98, entre España y Estados Unidos, y la Revolución Mexicana de 1910. Pero la política estadounidense, o sea la progresiva invasión de los territorios al sur de los confines originales y en las islas del Caribe, había despertado la conciencia de muchos que, como Martí y en el Uruguay José Enrique Rodó, habían advertido el peligro y elaborado una precisa denuncia. El libro *Ariel*, del escritor uruguayo, publicado en 1900, en seguida reeditado y poco después traducido al inglés y al portugués, recordaba que el Uruguay formaba parte de una realidad *hispano-americana*, aunque viviera con los ojos puestos en Europa y considerándose excepcional en el propio continente. La derrota española contribuyó a reforzar la raíz hispánica, antes obnubilada por la fascinación de lo francés típica del Modernismo. El propio Darío, aceptando la crítica que le hiciera Rodó –para quien las *Prosas Profanas* le podían merecer el título de gran poeta pero no de «poeta americano»–, había cambiado de

actitud, renovando su poética y volviéndola, ahora sí, americana y americanista. Lo probaba con sus *Cantos de vida y esperanza*, publicados en 1905.

De estas convulsiones históricas e ideológicas no hay trazas en la obra de Delmira, toda volcada al análisis de su atormentado mundo interior. Pero no cabe duda de que ella participó en el rico mundo cultural de su ciudad, en el cual fue reconocida muy pronto como notable protagonista de esa que más tarde se iba a llamar la «Generación del 900». Además de la «Torre de los Panoramas», había otros cenáculos y centros culturales y numerosas revistas literarias que no sólo proponían a sus lectores las voces consagradas sino que promovían las novedades del momento: las más conocidas eran la *Revista Nacional*, dirigida por José Enrique Rodó; *Rojo y Blanco*, dirigida por Samuel Blixen; *La Alborada. Semanario de Actualidades literario y festivo*, dirigida por Manuel Medina Betancort, que luego de aceptar para su publicación los primeros poemas de Delmira, escribió el prólogo de su primer libro; *Apolo. Revista de arte y sociología*, dirigida por Manuel Pérez y Curis, que escribió el prólogo para el segundo libro de Delmira; *La Petite Revue*, publicación bilingüe en francés y en español; *Bohemia. Revista de Arte*; y *Vida Moderna*, entre otras. Por otra parte, las grandes novedades del mundo cultural continental e internacional circulaban en Montevideo y es seguro que Delmira conoció los debates alrededor de las nuevas propuestas rubendarianas y del movimiento que ya se llamaba «modernista». Rubén Darío había vivido en Buenos Aires como cónsul de Colombia en Argentina entre 1893 y 1898 llevando el movimiento a su apogeo y publicando, precisamente en Buenos Aires, sus *Prosas Profanas*. Después de este libro clave, se habían sucedido los títulos modernistas que fueron configurando inequívocamente las características del nuevo estilo, su preciosismo, su perfección formal, las novedades métricas, los paisajes culturales, la fascinación por lo oriental y el tema erótico, pero asimismo, en los primeros años del nuevo siglo, una mayor atención a lo americano, con esa adhesión a la «Patria América» propiciada por Martí y Rodó. Algunos de esos títulos fueron: *Las montañas del oro*, de Leopoldo Lugones, en 1897; *Místicas y Perlas negras*, de Amado Nervo, en 1898; *Castalia Bárbara* de Ricardo Jaimes Freyre, *El florilegio* de José Juan Tablada y *Ritos* de Guillermo Valencia, en 1899; *Los maitines de la noche*, de Julio Herrera y Reissig, en 1902; *Preludios*, de Enrique González Martínez, en 1903; *Cantos de Vida y Esperanza*, de Rubén Darío, en 1905; y *Alma América*, de José Santos Chocano, en 1906. Si la poesía de Amado

Nervo propiciaba el tema erótico y la de Tablada enriquecía el conocimiento de las formas japonesas y del haiku, en el ensayo crecía el interés por los debates de actualidad, en los que predominaba la polémica relación con los Estados Unidos, la definición de una «identidad hispanoamericana» y la nueva conciencia indigenista. Así lo demostraban los escritos de Rodó, como se ha dicho, pero también del colombiano Carlos Arturo Torres, del boliviano Alcides Arguedas, del venezolano Rufino Blanco Fombona y del argentino Manuel Ugarte, éste último, como sabemos, amigo muy próximo a Delmira.

LA CONCIENCIA DEL ABISMO

Hasta las últimas aproximaciones críticas a Delmira Agustini, marcadas por la teoría del *gender* y por un justo deseo de reivindicación de la conciencia femenina de la escritura y de la creación estética, la tendencia general ha sido la de considerar su escritura como un acto inconsciente de desahogo de sus pulsiones más inconfesables. Esta forma de «justificación» de lo escandaloso, por un lado, y de lo subversivo y anticipatorio por otro⁴, aparece ya desde las primeras evaluaciones conocidas, que subrayan la fragilidad e inocencia, así como la belleza de la precoz jovencita, poseedora de una voz interior que le dicta versos de inesperada fuerza dionisiaca. El propio Darío en su famoso elogio, que Delmira misma reproduce como «Pórtico» en *Los cálices vacíos*, la llama «niña bella», subraya «la verdad de su inocencia» y llega a compararla con Santa Teresa de Jesús. Incluso críticas mujeres, impulsadas por una auténtica admiración a Delmira, no han dejado de sucumbir a este estereotipo. Sostenía Luisa Luisi, por ejemplo, que Delmira no era consciente, «no pudo ella misma darse cuenta» del valor de su propia poesía avasalladora e impetuosa, y si «sus fuerzas dionisiacas hubieran sido disciplinadas por el estudio y la cultura, habría sido acaso una cabeza luminosa»⁵. Hoy día ya no es posible sostener una tesis semejante y no debe quedar duda que, ante una forma tan elaborada

4 Es muy explícito, entre otros, el análisis de Gwen Kirkpatrick, «Delmira Agustini y el «Reino interior» de Rodó y Darío», en *Delmira Agustini. Nuevas penetraciones críticas*, cit., pp. 75-91.

5 Luisa Luisi, estudio crítico en Delmira Agustini, *Poesías*, edición de Ovidio Fernández Ríos, Claudio García & Cía. Editor, Biblioteca Rodó de Literatura e Historia, Montevideo, 1944, pp. 25-26.

y vigilada como la que presenta la poesía de Delmira, sería ilógico suponer que ella escribía en forma automática o bajo impulsos alucinatorios.

Es importante más bien señalar —y para ello nos concentraremos sobre todo en algunos pocos textos de su libro más trabajado, *Los cálices vacíos*⁶— que hay una línea conductora muy precisa que atraviesa toda su obra y una red simbólica definida y reiterada. El poema que abre el libro, «A Eros», propone inmediatamente lo erótico como concepto central de la obra, transfigurado y visualizado en el personaje mítico, en el cual se resume la dicotomía fundamental del ser humano: «alma fúlgida y carne sombría». El libro, nos dice este primer poema, se le ofrece a Eros porque en él está la raíz —y por tanto la razón y el destino ineluctable— de la dualidad placer-dolor o, en otros términos, paraíso-infierno. Asomarse a esta verdad fundamental es reconocer el tormento constante de la Vida, esa «leona» del primer verso, que permite conocer la dicha absoluta pero también el sufrimiento; más claramente, es *conocer*; y conocer no es otra cosa que vislumbrar el abismo. La palabra «abismo» y su derivado, el verbo «abismar», son recurrentes en la poesía de Delmira, así como el sinónimo «sima» y otros vocablos de la misma familia semántica, por ejemplo «vértigo»: «Maravilloso nido del vértigo, tu boca!» («Tu boca»), «A veces yo temblaba / Del horror de mi sima» («Oh, tú!»), «Me abismo en una rara ceguera luminosa» («Ceguera»), «Con más sed y más hambre que un abismo» («Plegaria»); y esa preferencia está presente ya desde sus primeros poemas: en *El libro blanco* aseguraba que «En el silencio hay vértigos de abismo» («Íntima») y la poesía misma está asociada a «crispantes abismos sin fondo» («La musa gris»).

Delmira aprende muy pronto, tal vez a través de sus lecturas de los clásicos griegos, de Hoffmann, de Baudelaire, y por qué no, también mediante la sensible auscultación de sus propios sentimientos, que *se conoce a través del dolor*, y que el amor y el dolor son indivisibles. El vértigo al que se asoma el alma prueba ese «triunfo de la Noche», exaltado por los románticos y cantado por ella misma, y configura una trampa sutil e inevitable, como una tela de araña, en la que el yo de Delmira se enreda y se pierde, atraído por un tú al mismo tiempo amoroso y venenoso. Por eso la torre del deseo —«torre inclinada de la Melancolía» de Delmira, eco de la rubendariana «torre terrible» de «El reino interior»— es

6 Cuando sea necesario indicaremos el título del poemario con la sigla LCV.

el reino de la Melancolía, del Silencio, de la Noche. El uso de las mayúsculas, muy del gusto modernista seguido fielmente por Delmira, subraya la conceptualización de los sustantivos. La «intuición» de Delmira está constantemente analizada por la razón y gobernada por una fina elaboración vigilante, de la que son prueba la perfección formal de sus poemas y la centralidad de símbolos que aluden sin dudar al pensamiento. Uno de estos símbolos, con todo su peso mitológico y literario, es el búho. El ave de Palas Atenea, la diosa de la razón, tiene en efecto un rol central en la poesía de Delmira: el búho reina en la torre interior, domina en el silencio, inunda el alma de tristeza y niega la esperanza, porque confirma con un silogismo imbatible que el abismo está en la propia alma, es el alma.

*¡Oh la húmeda torre!...
Llena de la presencia
Siniestra de un gran búho,
Como un alma en pena;
[...]
El búho de las ruinas ilustres y las almas
Altas y desoladas!
Náufraga de la Luz yo me abogaba en la sombra...
En la húmeda torre, inclinada a mí misma,
A veces yo temblaba
Del horror de mi sima.*

«¡Oh, tú!», *Los cálices vacíos*

Delmira conoce su propia nocturnidad, la fuerza avasalladora del deseo en general y la ferocidad de su propio deseo; sabe, por lo tanto, que el mal, la belleza y el deseo forman un trío indivisible y dominante —de ahí la ambigüedad, de ahí el propio abismo, cuyas aguas reflejan «un dios o un monstruo» («La ruptura», LCV), de ahí la ceguera («Me abismo en una rara ceguera luminosa», «Ceguera», LCV)—; sabe, y busca con el dominio racional del lenguaje la expresión más justa para lo que, en definitiva, es inexpresable. O es, como ella misma dice, *inefable*. La pasión aceptada y vivida en profundidad, sin ceder nada al miedo, o al compromiso social, o a cualquier forma de mediación, es más que humana, es *sobrehumana*: «Fiera de amor, yo sufro hambre de corazones [...] / Con la esencia de

una sobrehumana pasión» («Fiera de amor», LCV). Por eso la «ceguera» es en realidad, paradójicamente, la lucidez con la que se afronta una pasión incontenible, porque ésa oscurece el mundo para iluminar el centro del propio deseo: «Rara ceguera que me borras el mundo [...] Dame tu luz y véelame eternamente el mundo!» («Ceguera», cit.). Para semejante obsesión, para semejante esclavitud a la vez siniestra y sublime no existe más cura que la propia entrega, más salvación que la aceptación de perderse definitivamente. El Eros es una droga —es un absoluto— que sólo redime a quien en él se pierde: «Tú que en mí todo puedes, / En mí debes ser Dios!» («¡Oh, tú!», cit.). Y el lenguaje del cuerpo puede tal vez expresar lo que las palabras no podrán nunca revelar completamente: de ahí el sufrimiento, de ahí el deseo inapagable, de ahí la obstinada búsqueda de la palabra inútil, limitada, para decir lo que es ilimitado, sobrehumano, *inefable*. Lo que Delmira ha logrado enfrentar en esa lectura despiadada y fulgurante de su interioridad es indefinible porque reúne en sí lo naturalmente contrario, placer y dolor, infierno y paraíso, vida y muerte:

*Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor*

*De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...*

*Cumbre de los Martirios!... Llevar eternamente,
Desgarradora y árida, la trágica simiente
Clavada en las entrañas como un diente feroz!...*

*Pero arrancarla un día en flor que abriera
Milagrosa, inviolable!... Ah, más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!!*

«Lo inefable», *Cantos de la mañana*

Que su experiencia erótica la lleve a los confines con la experiencia mística no debe sorprender: el amor humano y el amor divino en sus extremos se tocan y pueden confundirse, como enseñan la literatura mística y la erótica de todos los tiempos. El título que pensaba dar a esa obra que no llegó a publicar, la que debía ser, según su propia declaración, la «cúpula» de su obra, es muy revelador: *Los astros del abismo*. Allí se focaliza el concepto que resume su experiencia extrema, *el abismo*, declinado y moderado mediante la referencia a una realidad que concentra en sí la nocturnidad, la luz, lo inalcanzable y el misterio, es decir *los astros*.

A través de la introspección y del análisis, así como también del estudio y de los aportes que podía recibir de la cultura de la época, uniendo información y sensibilidad, talento y coraje, Delmira logró decir lo que tantos seres —no sólo las mujeres— llevan dentro y no logran o no se atreven a formular. Por eso leerla asombra, desconcierta y seduce. Más allá de las polémicas, más allá de su infantilismo con el que probablemente ponía un límite en su vida cotidiana a la experiencia *abismal* de su secreto, Delmira ha dejado una poesía reveladora, que cierra una época y abre otra: la de nuestra contemporaneidad neurótica y dúplice, libertaria y extrema.

Hemos recogido aquí, en orden cronológico, en primer lugar los poemas no reunidos en libro por Delmira, publicados sobre todo en la revista *La Alborada*, alguno en *Rojo y Blanco*, alguno traducido al francés y propuesto asimismo por *La Petite Revue*, entre 1902 y 1903; algunos de esos poemas resultan sin fecha. En segundo lugar hemos reproducido los tres poemarios publicados por la autora en vida, o sea *El libro blanco (Frágil)*, de 1907, *Cantos de la mañana*, de 1910, y *Los cálices vacíos*, de 1913; hemos respetado la disposición de la autora, el uso de las mayúsculas y de los signos de exclamación, a veces dobles, a veces sólo de cierre, y también algunas de las correcciones aportadas sucesivamente, guiándonos por las ediciones originales que se encuentran en el Archivo Delmira Agustini de la Biblioteca Nacional de Montevideo. En tercer lugar, hemos recogido los poemas póstumos, que fueran publicados por su familia en 1924. Hemos evitado notas y aclaraciones filológicas, para poder destinar este libro a un público lector de amantes de la poesía, no necesariamente de expertos.

Vaya un agradecimiento especial a Francisco José Cruz que con su contagiosa pasión por la poesía me estimuló a realizar este trabajo; y otro a Ana Inés Larre Borges que hace años me brindó generosamente sus propios apuntes sobre Delmira, cuando pensábamos realizar una edición que no fructificó.

MARTHA L. CANFIELD

«LA ALBORADA» 1902-1903

La violeta

Hay belleza en el lirio inmaculado
De majestad emblema,
Hay belleza en el cáliz nacarino
De la blanca azucena,
Hay belleza en la rosa purpurina
Y en el albo reseda,
Hay belleza en la nítida corola
De la nivea camelia,
Hay belleza en el pálido junquillo
Y en la suave diamela,
Hay belleza en el triste pensamiento
Y no hay flor en la cual no haya belleza,
Pero hay una que es flor entre las flores
Con ser la más modesta,
Una flor de fragancia incomparable,
Delicada y pequeña,
Una flor que en un lecho de esmeraldas
Oculta su belleza,
Una flor que un encanto misterioso
En su cáliz encierra,
Un encanto ideal indefinible,
Que no hay flor que contenga,
Una flor para mí como ninguna,
Una flor que se llama ¡la violeta!

La Petite Revue, 18.9.1902

La esperanza

Soy el dulce consuelo del que sufre,
Soy bálsamo que alienta al afligido,
Y soy quien muchas veces salva al hombre
Del crimen o el suicidio.

Yo le sirvo al mortal que me alimenta
Contra el dolor de sin igual muralla,
Soy quien seca su llanto dolorido
Y calma su pesar ¡Soy la Esperanza!

Sin fecha de publicación

Ojos-nidos

Para mi madre

Entre el espeso follaje
De una selva de pestañas
Hay dos nidos luminosos
Como dos flores fantásticas.
¡Nidos de negros fulgores!
¡De oscuras vibrantes llamas!

Y allá: dentro de esa selva
De follaje negro, espléndido,
En el fondo de esos nidos
Como flores de destellos,
¡Agita sus ígneas alas
El ave del Pensamiento!

La Alborada, 2.8.1903

Cuando abriendo tu boca perfumada...

Cuando abriendo tu boca perfumada,
La voz dulce y perlada
De tu bella garganta haces brotar,
En voces de sirenas ideales,
Y en arpas de sonidos celestiales,
A mí me haces pensar.

Cuando miro tu cuello alabastrino
Y tu cuerpo divino
Que al de Venus la diosa ha de igualar,
Del mármol la blancura,
Y del cisne la olímpica figura,
Me haces recordar.

¡Cuántas veces ligera como un hada,
Te he visto yo ocupada
En las dulces tareas del hogar,
Y entonces a mi madre,
Y Carlota de Werther heroína,
Me has hecho recordar!

En un álbum, sin fecha de publicación

La belleza más pura y delicada...

La belleza más pura y delicada
Se refleja en tu rostro juvenil,
Eres ninfa risueña, eres un hada,
Eres flor de algún célico pensil.

Es tu espesa y sedosa cabellera
Una inmensa cascada de hebras de oro,
La corona de un rey jamás valiera
Lo que vale ese aurífero tesoro.

Dos azules zafiros son tus ojos,
Que iluminan tu rostro angelical,
Y tus labios delgados son tan rojos
Que podrían llamarse de coral.

Son tus manos dos blancas mariposas
O dos flores talladas en marfil,
Y tus frescas mejillas son dos rosas
Que recién ha entreabierto el sol de Abril.

Es mi estilo muy tosco e imperfecto
Y no puedo expresar, en su rudeza,
Lo que vale tu rostro tan perfecto,
Desbordante de célica belleza.

En un álbum, sin fecha de publicación

¡Poesía!

¡Poesía inmortal, cantarte anhelo!
¡Mas mil esfuerzos he de hacer en vano!
¿Acaso puede al esplendente cielo
Subir altivo el infeliz gusano?

Tú eres la sirena misteriosa
Que atrae con su voz al navegante,
¡Eres la estrella blanca y luminosa!
¡El torrente espumoso y palpitante!

Eres la brisa perfumada y suave
Que juguetea en el vergel florido,
¡Eres la inquieta y trinadora ave
Que en el verde naranjo cuelga el nido!

Eres la onda de imperial grandeza
Que altiva rueda vomitando espuma,
¡Eres el cisne de sin par belleza
Que surca el lodo sin manchar su pluma!

Eres la flor que al despuntar la aurora
Entreabre el cáliz de perfume lleno,
¡Una perla blanquísima que mora
Del mar del alma en el profundo seno!

¿Y yo quién soy, que en mi delirio anhelo
Alzar mi voz para ensalzar tus galas?
¡Un gusano que anhela ir hasta el cielo!
¡Que pretende volar sin tener alas!

Rojos y Blancos, 27.9.1902
Primer poema publicado por D. A.

Crepúsculo

Ya del dulce crepúsculo
Hanse extendido los flotantes velos,
Gime el triste zorzal en la espesura,
Manso susurra en el follaje el viento.

En esta hora es el campo
Un edén de belleza incomparable,
Todo en él es sosiego, todo es calma,
Muere la luz y las tinieblas nacen.

De pálidas estrellas
A bordarse principia el firmamento,
El ángel renegrido de la noche
Sus alas de azabache ya está abriendo.

Mil néveas azucenas
Inundan de perfume el tibio ambiente,
Y el frondoso rosal rico de savia
Al peso de sus flores desfallece.

Varias flores nocturnas
Los broches de sus cálices desprenden,
Y áureos lampos semejan las luciérnagas
Entre las sombras que la noche extiende.

¿Qué atracción misteriosa
En esta hora indefinible encuentro?
¿Por qué a la viva luz del mediodía
Sus tenues resplandores yo prefiero?
Porque el crepúsculo en sus leves gasas
Guarda un algo sombrío, un algo tétrico,
Y en lo triste y sombrío siempre existe

La belleza que atrae en lo funéreo,
En las tinieblas de la noche oscura,
Y en lo insondable del abismo inmenso,
¡La belleza más grande y atrayente,
La sublime belleza del misterio!

La Alborada, 30.II.1902
y *La Petite Revue*, Año I, número 15

La fantasía

La fantasía, misteriosa hada
A cuyo paso vagoroso, queda,
De perlas astros irisada nácar
Y nívicas flores, delicada estela.

Es el astro celeste que nos guía
A la dulce región de la quimera
Por un albo camino que el ensueño
Formó con lirios, azahar y perlas.

Un camino ignorado para el vulgo
Y que sólo conocen los poetas,
Soñar es necesario para verlo
¡Y las almas vulgares nunca sueñan!

Es la maga ideal que nos envuelve
De la ilusión en el rosado velo.
¡La copa de marfil en que apuramos
El néctar delicioso del ensueño!

Es la llave de oro con que abrimos
La mansión ideal de la poesía,
¡Y en la mente agitada del artista
Es un rayo de luz la fantasía!

La Alborada, 14.II.1902

Flor nocturna

Cuando la noche tendiendo
Su manto de gasa negra
La silenciosa campiña
Envuelve en sombras funéreas,
Cuando allá en el firmamento
Las argentinas estrellas
Semejan ígneas pupilas
Que inmóviles nos contemplan,
Cuando las aves nocturnas
Exhalan lúgubres quejas
Que vibran en el silencio
Monótonas y siniestras,
Cuando el genio de las sombras
De su letargo despierta,
E invisible en torno nuestro
Se agita y revolotea,
Entonces, entre el follaje
Tímidamente, encubierta,
Pálida flor, entreabres
Tu corola marfileña,
Tu corola que del día
Al primer albor se cierra,
Para reabrirse al helado
Contacto de la tiniebla,
¡Hastiada siempre de lumbre!
¡Siempre de sombras sedienta!

¡Extraño destino el tuyo!
El día te encuentra muerta,
Tu triste vida concluye
Cuando la nuestra comienza.

Mas cuando tu cáliz abres
Nuestras pupilas se cierran...
Y entonces tal vez tu vida
Más dulce y pálida sea,
Allá perdida en las sombras
Entre el follaje encubierta,
¡Lejos de envidias y odios!
¡Lejos de traiciones negras!

Sigue tu vida, abre siempre
Cuando la noche comienza,
Y al primer albor del día
Tu cáliz de nácar, cierra,
Para reabrirlo al helado
Contacto de la tiniebla,
¡Hastiada siempre de lumbre!
¡Siempre de sombras sedienta!

La Alborada, 28.12.1902

Tus grandes ojos de oriental pupila...

Tus grandes ojos de oriental pupila,
Vivos fulgores sin cesar irradian,
¡Son dos trozos de lumbre desprendidos
Del sol esplendoroso de la Arabia!

Son dos fúlgidos astros cuyo brillo
Apenas nubla tu pestaña negra,
Son dos astros... y tienen del abismo
La atracción, el misterio y las tinieblas.

Son dos diamantes negros engarzados
Bajo una frente de azahar y nardo,
¡Una frente divina que coronan
Sedosos bucles de reflejos áureos!

De tu perfil las armoniosas líneas,
Por su pureza sin igual asombran,
Sin duda un ángel las formó teniendo
Por modelo el semblante de una diosa.

Es tu pequeña y primorosa boca
Gracioso estuche de coral y perlas,
¡Una purpúrea flor en cuyo cáliz
Lloró la aurora sus celestes penas!

Pero a pesar del brillo esplendoroso
Que irradian tus pupilas musulmanas,
A pesar de tus nítidas facciones
Y de tu frente pálida,

Y a pesar de tus labios purpurinos
Y tus dientes de nácar
¡La ideal belleza de tu faz no excede
A la inefable y pura de tu alma!

*La Alborada, 18.1.1903
En el álbum de la señorita Elisa Triaca*

¡Artistas!

Para M.E. Vaz Ferreira

Cuando el nimbo de la gloria resplandece en vuestras frentes,
Veis que en pos de vuestros pasos van dos sombras que inclementes
Sin desmayos ni fatigas os persiguen con afán;
Son la envidia y la calumnia, dos hermanas maldecidas,
Siempre juntas van y vienen por la fiebre consumidas,
Impotentes y orgullosas – son dos serpientes venenosas
Cuya mísera ponzoña sólo a ellas causa mal.

Alevosas y siniestras cuando tratan de atacaros;
Temerosas de la lumbre, siempre buscan el misterio.
Mas, burlaos de sus iras: ¡nada pueden! y el artista
Tiene un arma irresistible para ellas: ¡el desprecio!

La Alborada, 22.2.1903

Claroscuro

Cuando sonriente, la aurora
Sus áureos cabellos suelta
Y en el pálido horizonte
Su faz sonrosada muestra,
Y las albas avecillas
De sus manos marfileñas,
Van rasgando de la noche
El amplio manto de niebla,
Un níveo, frágil insecto
De sus ensueños despierta,
Y agitando dulcemente
Sus alas leves, etéreas,
Sediento en busca de flores
Su vuelo ondulante eleva.
Flores que recién se abran
Y en sus copas soñolientas,
Le brinden savia, perfumes
¡Y una llovizna de perlas!

Tenue, vaporoso insecto
Cuyas alas nacareñas,
Del lirio tienen la albura
Y la suave transparencia,
Tal vez de su vara al toque
El hada Delicadeza,
Formólo de una sonrisa
Un silfo, un sueño, una perla.
¡Y la luz diole por sangre
Una gota de su esencia!

Existe un lúgubre insecto
De alas pesadas y negras,

Que espera ansioso el momento
De silencio y de tinieblas
En que en brazos de la noche
Duerme enlutada la tierra,
Y entonces alza su vuelo
De lentitudes funéreas,
¡Vuelo pesante, fatídico,
De vibraciones siniestras!

¡Tétrico, ominoso insecto!
¡Animalaña funesta!
Al vivo fulgor del día
Permanece inmóvil, yerta,
La helada sombra nocturna
Da vida a sus alas muertas.
Es que tal vez de la noche
Le brinda la copa inmensa,
De la esencia del misterio
El vivificante néctar,
Esencia que por lo oscura
Parece su propia esencia!

¡Raro, sublime contraste!
¡Atrayente diferencia!
Aquél, una estrella alada,
Éste, un jirón de tiniebla;
Aquél, graciosa alegría,
Éste, fúnebre tristeza;
Aquél tiene la celeste,
La luminosa belleza,
Del astro claro, radiante,
De una sonrisa arcangélica,
Éste tiene la sombría
Severa magnificencia,

La atracción trágica, extraña,
Irresistible, funesta,
Del abismo devorante!
De la sima negra, tétrica!

La Alborada, 31.5.1903;
y en traducción al francés, en *La Petite Revue*, 8.5.1903

Fantasmas

Célicas legiones de hadas vaporosas
En vaivén gracioso van y van pasando;
Son las ilusiones tenues, sonrosadas,
Son los sueños níveos, impalpables, diáfanos.
Llegan a mi oído y al pasar se inclinan.
Himnos de esperanza quedo susurrando;
 Son las ilusiones,
 Los ensueños blancos,
Que entre frescas rosas y espumosos lirios
 En bajel dorado,
 Suaves nos deslizan
A través del mundo, ¡piélago encrespado!
 Arrojando flores
Sobre los escollos que encuentran al paso!

 Son las ilusiones
 Los ensueños blancos,
 Son los compañeros,
Los amigos dulces de los pocos años.

 Son las ilusiones
 Los ensueños blancos.

Los celestes bandos de hadas vaporosas
En vaivén gracioso van y van pasando,
 Himnos de esperanza
 Quedo susurrando,
 Son las ilusiones,
 Los ensueños blancos.

Pero, ¡cosa extraña! Mis risueñas hadas
Las pupilas ígneas abren con espanto.

Aterrados huyen
 Los alegres bandos...
Siento frío... tiemblo... Junto a mí se yergue
 Un fantasma raro,
De pupilas negras, insondables, duras,
*De ambarino cutis y terrosos labios.
 Cúbrela un espeso,
 Renegrido manto.
Todo en él es frío, ¡hasta de sus ojos
 El fulgor extraño!
Fuego incomprensible, que cegando hiela;
Fuego inexplicable, que deslumbra enfriando;
Viene a mí, se inclina; sus pupilas negras
 Sobre mí ha fijado,
 Mi aterido cuerpo
Tiembla y se contrae en terrible espasmo.
El fantasma oprime mi marmórea frente
 Con su dedo helado;
Y fijando ahora su mirada dura
En mis níveos sueños que ya están lejanos,
 Con desprecio y odio
Agitado mueve los terrosos labios.
 Luego a mí se vuelve
Y hacia sí me trae en estrecho abrazo;
A mi oído acerca su nerviosa boca,
Con acento intenso, convincente, trágico,
—¡¡Mienten!! —dice— ¡¡Mienten!! —Luego me abandona
 Y se va, dejando
 En mi frente, impresa,
La invisible huella de su dedo helado!
¡Pobres ilusiones!
¡Pobres sueños blancos!

Ha pasado el tiempo
Sobre mí; los años
Con profundas huellas
Marcaron su paso,
Y jamás han vuelto
Ni las ilusiones, ni los sueños blancos.
¡Pobres ilusiones!
¡Pobres sueños blancos!
Es que aquel fantasma demacrado y frío
Era el Desengaño;
Y al tocar mi frente dejó en ella impresa
La indeleble huella de su dedo helado!

¡Pobres ilusiones!
¡Pobres sueños blancos!

La Alborada, 21.6.1903

La duda

Vino: dos alas sombrías
Vibraron sobre mi frente,
Sentí una mano inclemente
Oprimir las sienes mías.

Sentí dos abejas frías
Clavarse en mi boca ardiente;
Sentí el mirar persistente
De dos órbitas vacías.

Llegó esa mirada ansiosa
A mi corazón deshecho,
Huyó de mí presurosa
Para no volver, la calma,
Y allá en el fondo del pecho
Sentí morir mi alma!

La Alborada, 6.9.1903

Monóstrofe

Hay un tétrico fantasma que en el cáliz de mi vida
Va vertiendo amargas gotas de una esencia maldecida
Que me enerva y envenena, que consume mi razón;
Y si un grito suplicante, si una tímida protesta
Brotan hondos, desgarrantes de mi alma dolorida,
El maléfico fantasma impasible me contesta
Con sarcástica sonrisa que me huela el corazón.

La Alborada, 27.9.1903

Viene...

Blandos preludios,
Nievan orquídeas opalinas, pálidas;
Lánguidos lirios soñolientos riman
Estrofas perfumadas.
Hay roces blancos, leves,
Hay notas leves, blancas.

Viene... es ella, es mi musa,
La suave niña de los ojos de ámbar;
Es mi musa enfermiza: la ojerosa,
La más honda y precoz, la musa extraña!

Es pálida, muy pálida, en sus ojos
Bate el Enigma sus pesadas alas;
En las cadencias de su blanda marcha
Los misterios desmayan...
Es la musa enfermiza, la ojerosa,
La más honda y precoz, la musa extraña!

Viene... no trae lira
La suave niña de los ojos de ámbar...
Ella canta sin lira,
Mi dulce musa extraña!

Sus pálidos arpeggios,
Sus vibraciones de pasión, arranca,
Con angustias que crisan,
¡A las fibras sensibles de su alma!
¡Ven, canta, canta!
¡Oh, mi musa enfermiza!
¡Oh, mi musa precoz, mi musa extraña!

La Alborada, 13.12.1903

Capricho

Al Excelso escritor uruguayo Manuel Medina Betancort

Entre el raso y los encajes de la alcoba parisina
La enfermiza japonesa, la nostálgica ambarina,
Se revuelve en las espumas de su lecho de marfil;
El incendio de la fiebre ha pintado en sus mejillas
—Sus mejillas japonesas como rosas amarillas—
Sangraciones de claveles, centelleos de rubí.

Vibra en llamas del delirio la muñeca principesca,
Se estremecen los marfiles de su faz miniatúresca,
Su pupila enloquecida lanza chorros de fulgor;
Burbujeantes las palabras efervescen locamente
Con hervores de champaña de su boca balbuciente,
De su boca de topacio, moribunda, sin frescor.

Sueña ahora de su infancia: blancas, leves las visiones
Van pasando juguetonas en alígeras legiones,
Con sus vestes de albas gasas, con sus nimbos de claror;
Nievan lirios, perlas, rosas, rosas blancas como espumas,
Avecillas eucarísticas, suaves copas de albas plumas,
Son las aves del recuerdo, van diciendo su canción.

Cruza ahora misteriosa, inefable, aristocrática
Una pálida figura de expresión honda, enigmática,
Perezosos movimientos, fatigoso, lento andar;
En sus ojos tristes, suaves, hay miradas que sollozan,
Hay reproches hondos, dulces, que acarician, que destrozan,
Con la blanda inconsistencia del enojo maternal.

Extinguióse ya la fiebre, la enfermita no delira,
Centellea en sus pupilas el sol rojo de la ira

Y sus brazos se retuercen como sierpes de marfil;
Brotó un nombre de sus labios entre espuma y maldiciones,
Su nacáreo cuerpecito se revuelca en convulsiones,
Tremular de lirio enfermo, sacudidas de jazmín.

Es que vibra en su cerebro con malditas resonancias
El recuerdo del lord rubio de imperiales arrogancias,
El altivo millonario de los ojos de zafir,
El que en redes misteriosas de promesas quebradizas,
Apresó el pájaro blanco de su almita asustadiza
Arracándola a sus padres, sus ensueños, su país.

Y en la cárcel principesca de la alcoba parisina
La olvidada japonesa, la nostálgica ambarina
Desfallece sofocada por agónico estertor,
¡Oh, mimosa susceptible, por un soplo deslucida!
Devolviérale la gracia, devolviérale la vida
Una gota de cariño, un efluvio de su sol!

En sus ojos, hondos cauces, hay un algo extraño, helado,
Reflectores de la muerte, ésta en ellos se ha mirado
Y es su imagen la que flota en su fondo de carey,
Pero... súbito se animan, arde en ellos la alegría,
Alegría de muriente con vislumbres de sombría,
La enfermita vibra toda su figura de *poupée*;

Sus deditos finos, pálidos, como niños macilentos,
Han tomado, y ahora oprimen con nerviosos movimientos

Un marchito crisantemo; blanco hermano del Japón!
Él también sufre nostalgias, hondas, diáfanas, impías
Abejillas de oro y ópalo que se clavan⁷ lentas, frías,
En el glóbulo de aromas de su raro corazón.

La enfermita las comprende, las nostalgias amarillas
Del pequeño moribundo, y le acerca a sus mejillas
Y a sus labios en arranques de cariño fraternal,
Es su hermano, sí, es su hermano ese copo de albo lino,
Como ella agonizante, como ella nacarino,
Como ella desmayando en lujosa soledad.

.....

.....

Duerme, duerme la enfermita entre cirios de oro escuálidos,
Hay un muerto crisantemo en sus dedos finos, pálidos,
Su cajita funeraria es estuche de blancor.

.....

En lo alto: al regio alcázar del Eterno, del Clemente,
Entre angélicos festejos, leve, diáfana, sonriente,
Llega el alma de una niña, trae el alma de una flor!

La Alborada, 29.II.1903

EL LIBRO BLANCO
(FRÁGIL)

1907

7 La palabra *clavan* es corrección manuscrita, hecha por Santiago Agustini, encima de *elevan*, del texto publicado en *La Alborada*, en el ejemplar propiedad de Delmira.

El poeta leva el ancla

El ancla de oro canta... la vela azul asciende
Como el ala de un sueño abierta al nuevo día.

Partamos, musa mía!

Ante la prora alegre un bello mar se extiende.

En el oriente claro como un cristal, esplende
El fanal sonrosado de Aurora. Fantasía
Estrena un raro traje lleno de pedrería
Para vagar brillante por las olas.

Ya tiende

La vela azul a Eolo su oriflama de raso...

¡El momento supremo!... Yo me estremezco; ¿acaso
Sueño lo que me aguarda en los mundos no vistos?...

Tal vez un fresco ramo de laureles fragantes,
El toisón reluciente, el cetro de diamantes,
El naufragio o la eterna corona de los Cristos?...

Por campos de ensueño

Pasó humeante el tropel de los potros salvajes!
Feroces los hocicos, hirsutos los pelajes
Las crines extendidas, bravías, tal bordones,
Pasaron como pasan los fieros aquilones!

Y luego fueron águilas de sombríos plumajes
Trayendo de sus cumbres magníficas visiones
Con el sereno vuelo de las inspiraciones
Augustas, con soberbias de olímpicos linajes,

Cruzaron hacia Oriente la limpidez del cielo;
Tras ellas como cándida hostia que alza el vuelo,
Una paloma blanca como la nieve asoma,
Yo olvido el ave egregia y el bruto que foguea
Pensando que en los cielos solemnes de la Idea
A veces es muy bella, muy bella una paloma!

Noche de reyes

«Tenía en las pupilas un brillo nunca visto,
Era rubio, muy dulce y se llamaba Cristo!...»

– Ah, sigue! – el mago erguía la frente soberana –
– «Mi copa es del Oriente, es sagrado este vino. –
»Allá en Bethleem, un día legendario y divino,
»Yo vi nacer al niño de estirpe sobrehumana.

»La Miseria lamía su mano... porcelana
»Celeste con el sello de un trágico destino;
»Y Él sonreía siempre a la Miseria, al sino,
»Al cordero de nieve, a la cruz del Mañana...»

Era mi Dios!... ¡Ah Cristo, mi piedad os reclama.
Mi labio aún está dulce de la oración que os llama!
Peregrinando cultos, mi rubio, infausto Dios,
No estragué de mi fe los armiños prístinos,
Ah! por todos los templos, por todos los caminos,
Divagando sonámbula, yo marchaba hacia Vos...

La sed

Tengo sed, sed ardiente! – dije a la maga, y ella
Me ofreció de sus néctares. – Eso no, me empalaga! –
Luego, una rara fruta, con sus dedos de maga,
Exprimió en una copa clara como una estrella;

Y un brillo de rubíes hubo en la copa bella.
Yo probé. – Es dulce, dulce. Hay días que me halaga
Tanta miel, pero hoy me repugna, me estraga! –
Vi pasar por los ojos del hada una centella.

Y por un verde valle perfumado y brillante,
Llevóme hasta una clara corriente de diamante.
– Bebe! – dijo. Yo ardía, mi pecho era una fragua.
Bebí, bebí, bebí la linfa cristalina...
¡Oh frescura! ¡oh pureza! ¡oh sensación divina!
– Gracias, maga, y bendita la limpidez del agua!

Rebelión

La rima es el tirano empurpurado,
Es el estigma del esclavo, el grillo
Que acongoja la marcha de la Idea.
No aleguéis que es de oro! El Pensamiento
No se esclaviza a un vil cascabeleo!
Ha de ser libre de escalar las cumbres
Entero como un dios, la crin revuelta,
La frente al sol, al viento. ¿Acaso importa
Que adorne el ala lo que oprime el vuelo?

Él es por sí, por su divina esencia,
Música, luz, color, fuerza, belleza!
¿A qué el carmín, los perfumados pomos?...
¿Por qué ceñir sus manos enguantadas
A herir teclados y brindar bombones
Si libres pueden cosechar estrellas,
Desviar montañas, empuñar los rayos?
¡Si la cruz de sus brazos redentores
Abarca el mundo y acaricia el cielo!
Y la Belleza sufre y se subleva...
¡Si es herir a la diosa en pleno pecho
Mermer el torso divinal de Apolo
Para ajustarlo a ínfima librea!

Para morir como su ley impone
El mar no quiere diques, quiere playas!
Así la Idea cuando surca el verso
Quiere al final de la ardua galería,
Más que una puerta de cristal o de oro,
La pampa abierta que le grita «¡Libre!»

El arte

Rara simiente de color de fuego
Germinó en una hora bendecida
A la sombra del árbol de la vida...
Nació trémulo y triste como un ruego.

Como oriflama victorioso luego
Yergue triunfal la pompa florecida,
Y se puebla de alondras. — Un día anida
Entre sus frondas, misterioso y ciego,

Un pájaro que canta como un dios
Y arrastra la miseria en su plumaje —.
Con las alondras viene a su follaje
De alimañas sin fin la acometida,
Y él vence y sigue de la Estrella en pos...
Hoy es sombra del árbol de la Vida!

La estatua

Miradla, así, sobre el follaje oscuro
Recortar la silueta soberana...
¿No parece el retoño prematuro
De una gran raza que será mañana?

Así una raza inconvencible, sana,
Tallada a golpes sobre mármol duro,
De las vastas campañas del futuro
Desalojara a la familia humana!

Miradla así — de hinojos! — en augusta
Calma imponer la desnudez que asusta!...
Dios!... Moved ese cuerpo, dadle un alma!
Ved la grandeza que en su forma duerme...
¡Vedlo allá arriba, miserable, inerme,
Más pobre que un gusano, siempre en calma!

El austero

Murió el Ensueño. Hoy pálido de duda
Bebo en mi copa sangre de la sima...
Hoy mi escarpelo sin piedad lastima
La vena azul de la Verdad desnuda!

Frente a la Esfinge pavorosa y muda
Venció mi ardor la muerte que la *anima*,
Quiero en los vinos el sabor que lima,
Los torsos griegos en su línea cruda.

Sé que está el mármol frío de delirios
Y que es de hielo el fuego de los cirios...
Sé que es maldito el resplandor del oro
– Vi el oro en sierpes de ojos de centella –
Y del cristal la claridad que adoro.
Vi en un diamante muerta a Margarita...
Diome una gota de sudor ¡bendita!
La visión de la Cruz y de la Estrella!

Astrólogos

Venid, venid hermanos! Allá en la azul esfera
Que eternamente explora nuestra ansia de conquista,
Cual de una flor de fuego el gran botón que abriera,
Surge una nueva estrella de lumbre nunca vista!

Vedla! – Oh Dios, Dios cuán bella! – Y, ved allá, ya lista,
La tempestad que avanza; jamás en mi carrera
Yo vi que al nacimiento de un astro no asistiera
La nube tumultuosa que alarma y que contrista.

Y mirad tal se arrastra... ¿No se dijera hermanos
Que en la flora del cielo las nubes son gusanos? –
– Callad, callad, las nubes tienen un noble vuelo –
– Las nubes son la Envidia, si Envidia hay en el cielo! –

– ¡Ah! ved cómo resaltan en la extraña querella
Lo negro de la nube, lo blanco de la estrella!

Jirón de púrpura

Deja llegar mis labios a tus panales de oro
Ah yo sé bien el precio de esa inefable miel!
Noble abeja de ensueños, del divino tesoro
Yo tomaré una gota como un fino joyel.

Yo doy miel por miel; guarda el aguijón sonoro
A la carne burguesa que profana el vergel,
A los que regatean tu vida en la miel de oro
Calculando a la sombra sagrada del laurel.

¡Ah! esos labios gastados de cifras no aman mieles!
Ritmo, línea, color pagan como olopeles
Y ese dinero encrespa al cóndor del blasón
Que cela los bravíos linajes aguileños.
— ¡Ah! si quieres ser fuerte, noble abeja de ensueños,
En mis odios aguza tu sonoro aguijón!

Racha de cumbres

El soberbio regazo de curvatura extraña
En ademán solemne nos brinda la montaña.

Subamos. De la cumbre, del reino de las alas
Expulsemos los cóndores, expulsemos las águilas.

Allá la novia Nieve abre su blanco velo
Que tiembla y que desmaya a los besos del cielo.

Y el mar al pie, agolpándose en la piedra y la arena;
Rompe, azota, revuelca su intrincada melena.

Allá surge la idea de un formidable mito...
Abajo lo insondable, arriba lo infinito.

Súbito al peregrino rumor de nuestra planta
Con ímpetu salvaje un ave se levanta.

Son grandes, son soberbias las aves de las cumbres,
Sus ojos tienen fríos, olímpicos vislumbres.

Abismos palpitantes, enigmas de plumaje,
Su vuelo es un nervioso martilleo salvaje.

Sus pupilas brillantes, sus pupilas oscuras,
Dan un vértigo raro: un vértigo de alturas...

¡Miradas encendidas en las cumbres!... su vuelo
Tiene una ley y un límite: el capricho y el cielo.

Y el pico corvo, enérgico: dominio y arrogancia!
El pico soberano del águila de Francia!

Y huyen como si hubieran mirado el Pensamiento...
– La montaña parece crecer para el momento –.

¿Presentirán sus alas tu misterioso alaje?...
El asombro ha debido dilatar el paisaje.

Y cuando allá en la cumbre, como un sol que flamea,
Pabellón de la Vida se levante la Idea,
Parecerá Natura un divino homenaje!

Al vuelo

La forma es un pretexto, el alma todo!
La esencia es alma. –¿Comprendéis mi norma?
Forma es materia, la materia lodo,
La esencia vida. ¡Desdeñad la forma!

Entre las flores preferid la agreste.
Más que al celaje que en la tarde rubia
Es arabesco del dosel celeste
Amad la nube que revienta en lluvia!

Amad la nube que revienta en lluvia!
Como abanico de cristal su arpegio,
Más que al faisán – el ave sol – pomposo
Y empurpurado, del penacho regio!

– Frente a la Venus clásica de Milo
Sueño una estatua de mujer muy fea
Oponiendo al desnudo de la dea
Luz de virtudes y montañas de hilo! –

Nunca os atraiga el brillo del diamante
Más que la luz sangrienta de la llama:
Ésta es vida, calor, pasión vibrante,

Aquélla helado resplandor de escama!
Nada os importe el vaso, su alma sea
Licor insigne, transparente, sano:
Como una palma señorial la Idea
Nace en el centro mismo del pantano!

Yo he visto en sueños, lívidos afanes,
Entre una bulla espiritual, burlesca,
Pasar mudos, confusos los Cristianos
Ante Ciranos de nariz grotesca!

Y no os hechice la pomposa palma
Oferta a huecos triunfos de apariencia
Eternamente componed el alma
Ante el espejo leal de la conciencia!

Y si en la vida estáis, sed de la vida!
Que, tras el brillo de un ensueño insano,
Pudiera un día vuestra fe perdida,
Mirando al cielo entrar en el pantano!

Desdeñad la apariencia, la falsía,
La gala triste del defecto erguido:
Menos tendréis que descubrir un día
Desnuda el alma horrorizada, fría
Ante el Supremo Tribunal temido!

El hada color de rosa

El hada color de rosa que mira como un diamante,
El hada color de rosa que charla como un bulbul,
A mi palacio una aurora llegó en su carro brillante,
Esparciendo por mis salas un perfume de Stambul.

– Toma – y una esbelta lira de oro me dio – en ella cante
La musa de tus ensueños sus parques, el cisne azul
Que tiende en los lagos de oro su cuello siempre al Levante,
Y Helena que pasa envuelta en la neblina de un tul.

Busca la rima y el ritmo de un humo, de una fragancia,
Y en perlas de luz desgrana las risas de Extravagancia
Que muestra los dientes blancos a Zoilo de adusto ceño.
Canta en la aurora rosada, canta en la tarde de plata
Y cuando el sol, como un rey, muera en su manto escarlata,
Mientras que la noche llega, ensaya un ritmo y un sueño!

La musa

Yo la quiero cambiante, misteriosa y compleja;
Con dos ojos de abismo que se vuelvan fanales;
En su boca, una fruta perfumada y bermeja
Que destile más miel que los rubios panales;

A veces nos asalta un aguijón de abeja,
Una raptos feroces a gestos imperiales
Y sorprenda en su risa el dolor de una queja;
En sus manos asombren caricias y puñales!

Y que vibre, y desmaye, y lllore, y ruja, y cante,
Y sea águila, tigre, paloma en un instante,
Que el Universo quepa en sus ansias divinas;
Tenga una voz que hiele, que suspenda, que inflame,
Y una frente que erguida su corona reclame
De rosas, de diamantes, de estrellas o de espinas!

La siembra

Un campo muy vasto de ensueño y milagro.
Las tierras labradas soñando simiente
Y súbito un hombre de olímpica frente
Que emperla los surcos de ardientes rubíes.
— ¿Qué siembras? — le digo — ¿delira tu mente?
— Mi sangre que es lumbre... ¡mi sangre! — contesta —
Verás algún día la mágica fiesta
De luz de mis campos; si quieres, hoy, ríe!

— ¿Reír? eso nunca ¡respeto lo ignoto!
Me apiada la angustia grabada en tu cara
La angustia que implica tu siembra, tan rara!
— Verás algún día mis campos en flor!
Hoy mira mi herida — mostróme su pecho
Y en él una boca sangrienta —, hoy repara
En mí la congoja de un cuerpo deshecho;
Mañana a tus ojos seré como un dios!

— Tal vez, tal vez... — dije — ¡Seguro, seguro!
Selene hoy esboza su rostro de cera,
Tres veces que nazca, tres veces que muera
Y vuelve a mis campos tu brillo de aurora!

.....
Pasaron tres lunas, tres lunas de plata,
— Tres lunas de hierro! soñaba en mi espera.
Del hombre que hiciera la siembra escarlata
Marché hacia la extraña, magnífica flora.
.....

– Hay hondas visiones, visiones que hielan,
Visiones que amargan por toda una vida!
La luz anunciada, la luz bendecida
Llenando los campos en forma de flor!
Y... en medio... un cadáver... crispadas las manos
– Murieron ahondando la trágica herida–
Y en todo una nube de extraños gusanos
Babeando rastreros el sacro fulgor!

La musa gris

Es blanca y es blanda, tan honda y muy blanca
– Solemne, tremenda blancura de cirio! –
Con grises ojeras tal rubras de muerte,
Con gestos muy lentos, muy lentos, muy místicos.

Y tiene un perfume de tristes violetas,
Y perlas tal lágrimas de náyades pálidas,
Y largos cabellos de sombra nublando
La torre de nieve que forma la espalda.

Glacial y monástica su blanca silueta
Parece que surge de fondos de enigma...
Envuélvela trémulo en halo de plata
El gris desmayante de un tul de neblina.

Sus labios profesan el beso más triste,
El que hunden los hombres en bocas de muertas.
Con ojos de acero nació allá en el Norte
País de leyendas, de espectros y nieblas.

Su helante mirada sin fin, de vidente,
Mirada invencible de esfinge y de estatua,
Evoca crispantes abismos sin fondo,
Monstruosos misterios de muda amenaza.
Yo sueño en sus brazos la tierra bretona
Con creencias que nacen temblando en las nieblas;
Fantasmas sombríos y rocas malditas,
Y piedras muy grises en landas siniestras.

Y canta solemne los largos inviernos
De *spleenes*, de brumas, de auroras enfermas,
Las blancas mañanas, los blancos ponientes,
Y amores tal graves pagodas de cera.

Yo adoro esa musa, la musa suprema,
Del alma y los ojos color de ceniza.
La musa que canta blancuras opacas,
Y el gris que es el fondo del hombre y la vida!

Nardos

En la sala medrosa
Entró la noche y me encontró soñando.

En el vaso chinesco, sobre el piano
Como un gran horizonte misterioso,
El haz de esbeltas flores opalinas
Da su perfume; un cálido perfume
Que surge ardiente de las suaves ceras
Florales, tal la llama de los cirios.
Blandamente yo entorno
Los ojos y abandónome a sus ondas
Como un náufrago al juicio de los mares.

De las flores me llegan dos perfumes
Flotando en el cansancio de la hora,
Uno que es mirra y miel de los sentidos
Y otro grave y profundo que entra al alma,
Abierta toda, como se entra al templo.
Y me parece que en la sombra vaga
Surgir los veo de las flores pálidas,
Y tienen bellas formas, raras formas...
Uno es un mago ardiente de oro y púrpuras,
Otro una monja de color de cera
Como un gran cirio erguida,
Y con dos manos afiladas, lívidas,
Que me abren amplias puertas ignoradas
Que yo cruzo temblando.

Muchas cosas me cuentan, muchas cosas,
Las flores de ópalo en su extraña lengua;
Cosas tan raras y hondas, tan difusas
En el fondo de sombras de la sala,

Que he llegado a pensarme un gran vidente
Que leyera en la calma de las cosas
Formidables secretos de la vida!

¡Oh flores, me embriagáis y sois tan blancas!
Tan blancas que alumbráis y yo os contemplo
Como el sello de Dios en las tinieblas.

¡Oh flores, hablad mucho! Acá en la sombra
Vuestras voces me llegan
Como a través del muro inderrocable
Que separa la Muerte de la Vida.

Siento venir el sueño.
Vuestro perfume en sus calladas ondas,
Como a un rey oriental que navegara
Majestuoso de imperio y de pereza
En su barca pomposa, a mí le trae!

¡Oh flores, hablad más, habladme mucho!
Vuestra voz no es tan clara. Decid, flores,
En la muerte invariable de esa estatua
¿No hay una extraña vida? Decid, flores,
¿Las tinieblas no son una compacta
Procesión de mujeres enlutadas
Marchando hacia la luz? Decidme flores,
¿Qué sabéis del misterio de la vida...
De la inmensa leyenda del Calvario...
Qué del vuelo supremo de las almas?...

Las cavernas del sueño: decid, flores,
¿No serán... el oasis... de la vida?...

Arabesco

Me dormí... la cabeza llena de los derroches
De hechizos, monstruos, gemas de las Mil y una Noches.

Y soñé del Oriente, del fabuloso Oriente,
De enigmas, de leyendas, de conjuros, de fieras,
De filtros hechizados, de largas cabelleras.
Hatchis, perlas, perfumes... La gran pereza ardiente.

El rostro pavoroso de la Esfinge durmiente,
El gran sultán moreno, las hondas bayaderas
De cuerpos misteriosos y ritmos de panteras,
Y el fakir con siniestras pupilas de serpiente.

Es brillante mi corte, soy morena y sultana,
Hacia un país lejano, una bella mañana,
Paso por los desiertos en mi blanco elefante;
Una ola de perfumes llevo en los negros rizos,
Esgrimen mis pupilas sus más fuertes hechizos
Y oculto un raro pomo con tapa de diamante!

Mi oración

Mi templo está allá lejos, tras de la selva huraña.
Allá salvaje y triste mi altar es la montaña,
Mi cúpula los cielos, mi cáliz el de un lirio;
Allá, cuando en las tardes lentas, la mano extraña
Del crepúsculo enciende en cada estrella un cirio,

Por entre los fantasmas y las calmas del monte,
Va mi musa errabunda, abriendo un horizonte
En cada ademán... Hija del Orgullo y la Sombra,
Con los ojos más fieros e intrincados que el monte,
Pasa, y el alma grave de la selva se asombra.

Y allá en las tardes tristes, al pie de la montaña,
Serena, blanca, muda, con esplendores de astro,
Erige la plegaria su torre de alabastro...
Y es la oración más honda para mi musa extraña,
Tal vez porque hay en ella la voz de la montaña
Y el homenaje mudo de la natura grave...
Es la oración del alma, flor grandiosa y huraña
De los grandes desiertos. En los templos no cabe.

Nocturno hivernal

«Era un viejo castillo... Afuera silbaba el viento...»
Y surgieron en la noche los mirajes formidables
De la remota leyenda. Y la extraña viejecita,
Cargada de evocaciones, contando de otras edades
Me hacía soñar en ruinas testigos de muchos siglos...
Miraba lejos, muy lejos, con los ojos como estanques.
«Era en un viejo castillo... Afuera silbaba el viento...»
¿Por qué la voz de la abuela llegaba a mí como un eco?

Mi musa tomó un día la placentera ruta...

Mi musa tomó un día la placentera ruta
De los campos fragantes; ornada de albohóles,
Perfumando sus labios en la miel de la fruta
Y dorando su cuerpo al fuego de los soles.

Vivió como una ninfa: desnuda, en fresca gruta,
Engalanando espejos de lagos tornasoles
La gran garza rosada de su forma impoluta.
Volvió a mí como el oro de luz de los crisoles,

Más pura; los cabellos emperlados de gotas
Lucientes y prendidos de abrojos; trajo notas
De pájaro silvestre, más fresca y más fuego...

Yo peinéla y vestíla sus parisinas galas,
Y ella hoy grave pasea por mis brillantes salas
Un gran aire salvaje y un perfume de espliego.

Visión de otoño

Fue una tarde de plata. Largas ráfagas frías
Arrastraban chirriando las hojas amarillas.

Pasó... pasó y flotaron sensaciones de tisis...
Dos signos cabalísticos eran sus ojos grises...

Por el parque espectral divagó su silueta...
Temblaba en toda ella un temblor de hoja seca!...

El cierzo, que va en ondas, con sus alas de acero,
La azotaba violento, le agolpaba el cabello.

Bajo los viejos árboles descarnados, grisientos,
Que al cielo se alzan rígidos como manos de espectros;

Pasó... gimió a su paso un chirriar de hojas secas,
Y fue como una ráfaga de un frío de ultratierra.

El sol, rompiendo lento una nube de plata,
Miróla extrañamente con su pupila extática.

Pasó... flotó una helada sensación de misterio,
Un olor de violetas y... se perdió a lo lejos.

Carnaval

Frufrúes, tintines,
Sedas, cascabeles,
Collares de risas,
Chillidos alegres!

— ¿Quién es?... Adelante!
— Soy yo... Carnaval!
(Tintines, perfumes,
Reír de cristal.)

Vibrante mancebo
De vívidos ojos,
(Cuentas, lentejuelas,
Cintarrajos rojos.)

— ¿Qué buscas? — Tus rimas,
Verás cuál se alegran!
Darélas sonrisas,
Y flores y perlas!

Entre finos pajes
Y suaves duquesas,
Y blancas pelucas
De antiguas princesas;

Risas, juguetes,
Estallar de flores!
Luchas perfumadas!
Lluvias de colores!

Saltando en los labios
De extraña careta,

El chiste que punza
Como una saeta!

Jugando en el baile
El pie de satín,
Lloviznen los labios
Perlado reír!

Hervor de champaña,
Chocar de cristales,
Crujidos de sedas
Y risas triunfales.

Collares, diademas,
Y cintas y tules,
Y estrellas doradas,
Y cuentas azules!

(Tintines, perfumes,
Perlado reír.)
— Por qué estás alegre?
— No sé!... Porque sí!

.....
.....

— Ya tienes mis rimas,
Muñeco sonoro,
Yo adoro tu charla,
Tus risas adoro,

Tus cuentas chillonas
Y tus lazos rojos,
Mas dime: ¿tu alma?
— Ven! Mira en mis ojos!

Miré, busqué el fondo
Con rara ansiedad,
Vi un pozo muy frío, muy negro, muy hondo,
Y dentro la horrenda serpiente del mal!

(Tintines, perfumes,
Reír de cristal.)

De mi numen a la muerte

Emperatriz sombría,
Si un día,
Herido de un capricho misterioso y aciago,
Yo llegara a tu torre sombría
Con mi leve y espléndido bagaje de rey mago
A volcar en tu copa de mármol mis martirios,
Sellarás más tu puerta y apagarás tu cirios...

En mi raro tesoro,
Hay, entre los diamantes y los topacios de oro,
Y el gran rubí sangriento como enconada herida,
El capullo azulado y ardiente de una estrella
Que ha de abrir a los ojos suspensos de la Vida,
Con una lumbre nueva, inmarcesible y bella!

Muerte magna

Allá junto a los amplios, profundos océanos
Donde los soles mueren entre inefables sonos,
Id a soñar. De vagas, exóticas visiones
Poblad los horizontes brumosos y lejanos.

Escuchad, allá, graves, las raras inflexiones
Del canto de la ola que cuenta sus arcanos,
Y al asomar los barcos sombríos y lejanos
Soñad que algo muy nuevo traerán de otras regiones.

Y cuando el sol muriendo su despedida tiende,
Y en las aguas se hunde como un dios que desciende
A visitar en su honda mansión a una sirena,

Meditad de esa muerte en la bella armonía
De dulzura y soberbia. Es la duple agonía
De Cristo en el Calvario, del Corso en Santa Elena!

El poeta y la diosa

Entré temblando a la gruta
Misteriosa cuya puerta
Cubre una mampara hirsuta
De cardos y de cicuta.
Crucé temblando la incierta

Sombra de una galería
En que acechar parecía
La guadaña de la muerte.
– El Miedo erguido blandía
Como un triunfo mi alma fuerte. –

Un roce de terciopelo
Siento en el rostro, en la mano.
– Arañas tendiendo un velo –
¡A cada paso en el suelo
Siento que aplasto un gusano!

A una vaga luz de plata,
En cámara misteriosa,
Mi fiera boca escarlata
Besó la olímpica nata
Del albo pie de la diosa!

– Brillante como una estrella,
La diosa nubla su rara
Faz enigmática y bella,
Con densa gasa: sin ella
Dicen que el verla cegara. –

Ebrio de ensueños, del hada,
– Es hada y diosa – y la helada

Luz de su mística estancia,
Alzo mi copa labrada
Y digo trémulo: Escancia!

Con sus dedos sibilinos,
Como un enigma que inspira,
En cien vasos opalinos
Escancióme raros vinos
A la sombra de una lira...

Un verde licor violento
Tras cuyos almos delirios
Acecha un diablo sangriento;
Otro color pensamiento
Con sueños a luz de cirios...

Y nobles zumos añejos
Con la fuerza de lo puro,
Vinos nuevos con reflejos
Imprevistos y los dejos
De un sumo néctar futuro.

.....
Y gusté todos los vinos
De la maga, todos finos
Y – oh Dios! – de distintos modos,
Todos deliciosos, bellos!...
La maga dijo: – ¿Cuál de ellos?...
– Poned un poco de todos!

Tarde pálida

Evocadora el alma palidece
Toda velada de un dolor muy vago,
En el cielo lechoso hay un amago
De tempestad, la tarde palidece.

Enmascarado y lento el sol de Otoño
Hacia un poniente turbio se encamina,
Sobre el paisaje soñador se inclina,
Suave y profunda, del exangüe Otoño

La tristeza tenaz... Yo que en la pálida
Floresta del dolor junto a mis rosas,
Sé que no aroman nunca más gloriosas
Que del Otoño en una tarde pálida.

Como voces lejanas en la noche
Vienen al alma los dolores viejos,
Cada racha que pasa trae de lejos
Otro dolor y otro dolor... La noche,

Vendrá a borrar la tarde blanquecina,
El cielo será un piélago de sombras...
¿Alma, de qué te asombras?
¿Crees eterna la tarde blanquecina?

Sí, y tú la amabas ya, ¿verdad? la amabas,
Tal llega a amarse un gran dolor amigo,
Hermano aciago, trágico testigo
De largos años... Alma, tú la amabas

Como el gran vaso raro y exquisito
En que apuraras néctares añejos

— El rancio zumo de los males viejos
Tiene un sabor de pátina exquisito —.

Pero el sol cae, cae allá a lo lejos
Lento y soberbio, como un rey vencido,
En púrpuras ardientes. — Ya ha caído...
Y en ti perduran los amargos dejos
De un gran pasado triste revivido
En una tarde que murió allá lejos!

El poeta y la ilusión

La princesita hipsipilo, la vibrátil filigrana,
— Princesita ojos turquesas esculpida en porcelana —
Llamó una noche a mi puerta con sus manitas de lis.
Vibró el cristal de su voz como una flauta galana.

— Yo sé que tu vida es gris.
Yo tengo el alma de rosa, frescuras de flor temprana,
Vengo de un bello país
A ser tu musa y tu hermana! —

Un abrazo de alabastro... luego en el clavel sonoro
De su boca, miel suavísima; nube de perfume y oro
La pomposa cabellera me inundó como un diluvio.
Oh miel, frescuras, perfumes!... Súbito el sueño, la sombra
Que embriaga... Y, cuando despierto, el sol que alumbra en mi alfombra
Un falso rubí muy rojo y un falso rizo muy rubio!

Medioeval

Dulces romanceos
De caballerías
Hay albor de besos,
Hay rojez de heridas...

Honda noche muda
De grandor supremo,
Una pluma pálida
De mirar enfermo...
En corcel vibrante
De nerviosos remos,
Cruza la llanura
Noble caballero...
Es la media noche,
Es hora de espectros!...

Corre palpitante,
Su mirar foguea;
Al entrar del bosque
Su rival le espera,
Y allá, en el castillo
De torres grisientas
Con sus ojos garzos,
Sus manos de seda,
En la alta ventana
Su fina duquesa...
Y tiembla su lanza,
Y sus labios tiemblan...

Llega, llega el alba,
Vuelve el caballero,
Lenta, lentamente,

Pensativo y fiero.
Vuelve, vuelve y trae
Gloriosos trofeos...
Son dos besos largos,
Son dos hondos besos:
Uno blanco y suave
En los labios trémulos,
Y uno rojo, ardiente,
Que es rubí y que es fuego!
Lo sorbió su lanza
Al labio sangriento
De una roja herida
De rubí y de fuego!
Vuelve el caballero,
En sus glorias sueña...
Son dos besos largos
De rubí y de perla;
Uno del contrario,
Otro de su reina...
Y tiembla su lanza,
Y sus labios tiemblan!...

Evocación

Venga febril el impalpable ensueño!
Venga incorpórea la visión fantástica!
Vengan trayendo el néctar del delirio
En opalinas, irisadas ánforas!

Vengan, sí, vengan mis ensueños leves,
Los de las vestes de brumosas gasas;
Los que en el oro de sus rizos nievan
Copos de orquídeas enfermizas, pálidas!

Vengan, sí, vengan mis visiones regias,
Las de las bocas de rubí y de llama,
Las que en las ondas negras de sus rizos
Tejen espumas de camelias blancas!

Vengan ahora mis fantasmas tétricos.
De ojos cansados como enfermas almas;
Los de las hondas, lívidas ojeras,
Plomizos labios y pesadas alas;
Los que sus frentes de marfil coronan
Con negras flores de una selva extraña!

.....

Venga, sí, venga el impalpable ensueño.
Venga, sí, venga la visión fantástica,
Vengan trayendo el néctar del delirio
En opalinas, irisadas ánforas.

Vengan y empapen los resecos labios
En la ambrosía que Químera escancia.
¡Arda la fiebre del delirio al choque
De una mirada de sus ojos ascuas!

Y entre las rojas llamas del incendio
Tienda su vuelo misterioso al alma,
Llegue febril al encantado reino
De fantasía, la divina maga!

Reino feliz donde se ignora el Tiempo,
Donde no alcanza la verdad amarga;
Ni el que labra los surcos en los rostros,
Ni la que hunde sus garras en las almas!

Reino feliz donde los sueños tienen
Lagos de luz para bañar sus alas,
Donde hay estrellas de fulgores negros,
Donde hay abismos de gargantas blancas!

Reino feliz, en cuyos lagos de oro
Hundir quisiera eternamente el alma,
Vivir allá la vagarosa vida
De los ensueños de impalpables alas,
Sin el espectro destructor del Tiempo,
Sin el fantasma eterno del mañana;
Sin que viniera la verdad impía
A arrebatarme de mi vida extraña,
Vida incorpórea, irrealizable, única,
Vida de ensueños, ilusión, fantasmas!

.....

Venga febril, el impalpable ensueño!
Venga incorpórea la visión fantástica!
Vengan trayendo el néctar del delirio
En opalinas, irisadas ánforas!
Vengan y empapen los resecos labios
En la ambrosía que Quimera escancia!

La miel

Busca en la miel de los sueños
Sagrada Embriaguez. Sin ceños
Se abre a ti la mar dorada.
Boga, Simbad de los sueños!

Peregrino de una hada
Cruza climas halagüeños
Lleva tu boca enmelada
Al beso de miel del hada.

¡La suma miel! Mas tú toca
Un punto la maga boca
Y alza un dique de diamante
Entre ella y tu golosina.
— Goza la flor un instante
Y... cuidando de la espina.

Una chispa

Fue un ensueño de fuego
Con luces fascinantes
Y fieras de rubíes tal heridos diamantes;
Rayo de sangre y fuego
Incendió de oro y púrpura todo mi Oriente gris.
Me quedé como ciego...
¡Qué luz!... —¿Y luego y luego?...
— ¿Luego?... El Oriente gris...

La canción del mendigo

Fue una canción muy triste, una canción de antaño
Despertada de pronto... Fue como si el acento
Vagamente olvidado de una voz muy amiga
A través de los años viniera a sorprendernos.
Una vieja aria triste trayendo entre sus pátinas
De los días muy lejos,
Un antiguo perfume misterioso y querido,
Cada nota una vieja visión, un viejo ensueño.

— ¡Oh, la grave aria triste roída por los años,
Evocóme un paseo lento en un parque viejo
Buscando entre la hierba los senderos de antaño
Y en el dormido estanque la visión de otros tiempos! —
La voz que la decía era el molde más digno
A su sabor añejo...
Yo lloré, lloré mucho... la mañana era opaca...
La canción era triste... el mendigo muy viejo...

Súbito vi del hada madrina el tul celeste,
Las alas de diamantes, el peto de cristal;
Brillantes de rocío traía en la azul veste,
El carro de turquesas, la cabellera astral;

Y abrojos y perfumes que un largo viaje agreste
Prendiera bajo el oro de un cielo matinal,
Dijo: en tu cuna pongo esta flor, ella preste
Su miel y su fragancia a tu fiesta auroral.

La he buscado a través de los campos salvajes
Mil años! Hoy corona la angustia de mis viajes:
Tómala, tuya es. — Gracias!, gracias madrina! —
— Alma de extraña planta que rara vez florece.
La flor que aquí te ofrezco jamás, jamás fenece!...
Y es reina del perfume, del pétalo y la espina!

Pasó la ilusión

Pasa la maga – Sabes? La Graciosa y Profunda
Que abreva en frescos lagos sedientos corazones,
La que esmalta audazmente de gráciles visiones
La gran copa siniestra de la Vida iracunda.

Mis pupilas suspensas de su gracia profunda,
La ofrezco hacerle en cambio de sus rosados dones
Un blanco pedestal de todas mis canciones!
Me mira y alborea su sonrisa que inunda.

Y ungido en la miel rosa de esa sonrisa es suave
El silencio en que envuelve su silueta de ave.
– ¿Por qué vino en la tarde de marfil tan sombría?...
En la bruma muy lejos la perdió la mirada.
¿Por qué ¡oh Dios! en mi alma queda sin quedar nada
Como queda un perfume, una ardiente alegría?

Batiendo la selva

Cuando cruzas la selva tras los corzos sedeños
Y albos; la melena feroz, los ojos crueles,
Entre la blanca fuga de tus raros lebreles,
Sobre el corcel de nieve, Nemrod de los ensueños,

Yo deleito mi oído en el vuelo sonoro
Del alma misteriosa de tu olifante de oro,
Y golosa y alegre sonrío a la promesa
De la caza exquisita que aromará tu mesa.

Variaciones⁸

Áspid punzante de la envidia, ave!
Tú fustigas la calma que congela,
El rayo brota en la violencia, el ave
En paz se esponja y acosada vuela!

Si hay en Luzbel emanación divina
En ti hay vislumbre de infernal nobleza,
Rampante, alada, la ambición fascina –
Y si tu instinto al lodazal se inclina
Reptil tú eres y tu ley es ésa!

Mírame mucho que mi mente inflamas
Con la luz fiera de tus ojos crueles...
¡Ah, si vieras cuál lucen tus escamas
En el tronco vivaz de mis laureles!

Gozaste el día que abismé mis galas,
Cóndor herido renegando el vuelo;
Hoy concluye tu triunfo, hay en las alas
Fatalidad que las impulsa al cielo!

Si de mis cantos al gran haz sonoro
Tu cinta anudas de azabache fiero,
Sabio te sé: de mi auroral tesoro
Lo que dejas caer yo no lo quiero!

Esa cinta sombría es la Victoria...
Cuando describes tu ondulado rastro
Por todos los senderos de la gloria
Muerdes sombras de ala, luces de astro.

8 Este poema, con mínimas variantes, fue incluido en *Los cálices vacíos* con el título «Ave, envidia!».

Forja en la noche de tu vida impía
Cruces soñadas a mi blanca musa,
¡Si ha de vivir hasta cegar un día
Tus siniestras pupilas de Medusa!

No huyas, no, te quiero, así, a mi lado
Hasta la Muerte, y más allá: ¿te asombra?
Seguido la experiencia me ha enseñado
Que la sombra da luz y la luz sombra...

Y estrecha y muerde en el furor ingente;
Flor de una aciaga Flora esclarecida,
Quiero mostrarme al porvenir de frente,
Con el blasón supremo de tu diente
En los pétalos todos de mi vida!

La agonía del sueño

Llora, mi musa, llora, en silencio
De esta noche tan triste, hay sueños crueles,
Vasos brillantes raramente rotos
Cuando va el alma a saborear sus mieles.

Hoy me vence el dolor. —¿Por qué en las noches
Las visiones sombrías se agigantan?
Hoy muere el ritmo poderoso y frío
En que la idea es una llama fatua.

En tierra ya el castillo de mi orgullo
Mi alma vencida en lo vulgar se aplasta:
Cuanto más alto el pedestal, si cae,
En más pedazos rodará la estatua!

Más tarde o más temprano, los soberbios
Que el mundo cruzan con la frente erguida,
Cantando olimpos, en el fiero pecho
Han de mostrar la llaga de la vida.

En mis jardines se acabó la pompa
Del crisantemo y de la rosa cálida,
Revivirán mis pasionarias tristes
Al riego tibio y suave de las lágrimas.

Y cómo es dulce el amargor del llanto
Que cae sobre las tumbas de los sueños!
Siempre un misterio en las cenizas frías
Trae como el eco de calores viejos.

Nunca habéis visto agonizar un sueño?
Un noble sueño que llenó la vida?...
No es más amargo que los mares todos
Ese momento de dolor? ¿Qué herida

Inventó el Sino que más honda fuera?...
Nada más frío que la muerte, nada
Más angustioso que el adiós eterno,
«Nunca...» Un abismo de palabra helada!

Feroz, maldita si su saña llega
Hasta la frente de candor de un sueño!
Mal haya el genio destructor que goza
Derrumbando castillos marfileños!

Y bendito el orgullo que en mis ojos
Congela el llanto con su glosa fría:
Protestar sin vencer es humillante:
Por qué exponerse al pie de la ironía? —

¡Ah, no, no llores más! Pase el Destino,
Pase el dolor del brazo de la Muerte,
Les miraré pasar desde mis torres
Con una calma atroz que desconcierte!

Mi musa triste

Vagos preludios. En la noche espléndida
Su voz de perlas una fuente calla,
Cuelgan las brisas sus celestes pífanos
En el follaje. Las cabezas pardas
De los búhos acechan.
Las flores se abren más, como asombradas.
Los cisnes de marfil tienden los cuellos
En las lagunas pálidas:
Selene mira del azul. Las frondas
Tiemblan... y todo! hasta el silencio, calla...

Es que ella pasa con su boca triste
Y el gran misterio de sus ojos de ámbar,
A través de la noche, hacia el olvido,
Como una estrella fugitiva y blanca.
Como una destronada reina exótica
De bellos gestos y palabras raras.

Horizontes violados sus orejas.
Dentro, sus ojos – dos estrellas de ámbar –
Se abren cansados y húmedos y tristes
Como llagas de luz que se quejaren.

Es un dolor que vive y que no espera,
Es una aurora gris que se levanta
Del gran lecho de sombras de la noche,
Cansada ya, sin esplendor, sin ansias
Y sus canciones son como hadas tristes
Alhajadas de lágrimas...

– Las cuerdas de las liras
Son fibras de las almas. –

Sangre de amargas viñas, nobles viñas,
En vasos regios de belleza, escancia
A manos de marfil, labios tallados
Como blasones de una stirpe magna.

Príncipes raros del Ensueño! Ellos
Han visto erguida su cabeza lánguida.
Y la oyeron reír, porque a sus ojos
Vibra y se expande en flor de aristocracias.

Y su alma limpia como el fuego alumbra
Como una estrella en sus pupilas de ámbar;
Mas basta una mirada, un roce apenas,
El eco acaso de una voz profana,
Y el alma blanca y limpia se concentra
Como una flor de luz que se cerrara!

Al claro de luna

La luna es pálida y triste, la luna es exangüe y yerta.
La media luna figúraseme un suave perfil de muerta...
Yo que prefiero a la insigne palidez encarecida
De todas las perlas árabes, la rosa recién abierta,

Es un rincón del terruño con el color de la vida,
Adoro esa luna pálida, adoro esa faz de muerta!
Y en el altar de las noches, como una flor encendida
Y ebria de extraños perfumes, mi alma la inciensa rendida.
Yo sé de labios marchitos en la blasfemia y el vino,
Que besan tras de la orgía sus huellas en el camino;
Locos que mueren besando su imagen en lagos yertos...
Porque ella es luz de inocencia, porque a esa luz misteriosa
Alumbran las cosas blancas, se ponen blancas las cosas,
Y hasta las almas más negras toman claros inciertos!

Ave de luz

Existe un ave extraña de vuelo inconcebible,
De regias esbelteces, de olímpica actitud;
Sus alas al batirse desflecan resplandores
Sus ojos insondables son piélagos de luz!

Es toda luz, su sangre es un licor de fuego;
De briznas de fulgores su rica plumazón;
Su pico al entreabrirse desgrana sartas de astros;
Como ella es toda lumbre, de lumbre es su canción!

Su vuelo inconcebible ignora los obstáculos!
Abarca lo infinito en toda su extensión,
Arranca negras sombras del fondo del abismo,
Collares de destellos a veces trae el sol!

Con filamentos de astros y polvos de diamantes,
Labró bello su nido: lucífero joyel!
Lo teje en los cerebros más claros: allí encuentra
La esencia de la lumbre que es savia de su ser!

Postraos ante el hombre que lleva en su cerebro
Esa ave misteriosa ¡manejo de fulgor!
Que mata, que enloquece, que crea y que ilumina
¡Aquel en quien anida, es émulo de Dios!

¡Oh Genio! ¡extraña ave de vuelo inconcebible!
De regias esbelteces, de olímpica actitud;
Escucha: yo te brindo mis frescas ilusiones,
Mis mágicos ensueños, mi rica juventud,
¡A cambio de un instante de vida en mi cerebro!
¡A cambio de un arpegio de tu canción de luz!

Sobre el mar que los cielos del Ensueño retrata...

Sobre el mar que los cielos del Ensueño retrata
Alza mi torre azul su capitel de plata
Que Eolo pulsa rara, dulcemente; suspira
Al pie la vaga ola su vaga serenata.

Y yo sueño en los cantos que duermen en mi lira.
Cuando un ave vibrante de plumaje escarlata
En la ventana abierta se detiene y me mira:
— ¿Qué haces? — dice; — allá abajo es primavera! — Inspira

Ansia de sol, de rosas, de caricias, de vida,
La mágica palabra! Vuela el ave encendida.
Yo bajo, desamarro mi yate marfileño
Y corto mares hacia la alegre primavera.
A mi espalda, en las olas, solitaria y austera
Mi torre azul se yergue como un largo «Ave Ensueño!»

Iniciación

A la sagrada selva en que el ave se inspira
Dando vuelo a los sueños sonoros de mi lira,
Entro: los ojos verdes de la serpiente de oro
Brillan en la maleza; cesa al alado coro

En su meliflua glosa; Eolo no respira;
El alma del bosque parece que me mira
Y en el cielo los ojos de Apolo nubla un lloro...
Yo despliego ampliamente mi oriflama sonoro

Y saludo a la selva. Sólo contesta Apolo:
Eres grande — me dice —, tu destino es ser solo
Por odio de las sierpes y miedo del bulbul;
¡Oh gloria más grande! — y su sonrisa ardiente
Llenó el abismo azul...
Luego tronó su voz
La soledad encumbra, vivirla augustamente
Es igualar las cimas, es acercarse a Dios!

Mis ídolos

En el templo colmado de adoraciones graves,
Entre largos silencios y penumbras muy suaves,
Se alzaban revistiendo majestades supremas;
Eran muchos y varios, y a todos yo adoraba
Por igual y a sus pies yo las horas dejaba
Pasar, mudas y lentas, dibujando zalemas
Y deshojando orquídeas, entre olores complejos
De maderas de Arabia y de pétalos viejos.

Mi fe era inmovible, pintorescos mis ritos;
Prestigiados mis ídolos por los más bellos mitos,
Me llegaban de tierras no vistas, de muy lejos,
Menudos y enigmáticos, en estuches preciosos,
Y los amé por raros, pulidos y pomposos.

Y los había bellos hasta el dolor, y feos
Hasta la risa; irónicos, con afilados dientes
Que desgarran sonriendo; rostros de camafeos
Engarzados en cuerpos dúctiles de serpientes;
Monstruos dioses con gestos indecisos y varios
— Miradas de demonios sobre sonrisas santas—
Y en todos el gran sello de raro que a sus plantas
Hacía arder mis pupilas como dos incensarios.

Y era tal mi piedad, y era tal mi cariño
Que a sus pies todo de ellos mi corazón dormía,
Como un vaso sellado que amenaza de lleno,
O el gran capullo, hinchado, de un gran lirio de armiño.
Y mi vida en un éxtasis dulcemente yacía
Como un gran lago límpido que reflejara el cielo.

Así bajo los rastros sombríos y risueños
Yo viví sin vivir, largo tiempo, rezando
O en la rueca tranquila de las horas hilando
Los copos impecables de una seda de ensueños.

Cuando a través del tiempo se abrió la inmensa puerta,
Rechinaron cruelmente los goznes enmohecidos,
Y yo cerré a la luz mis ojos entumidos...
Luego en la gloria de oro de la luz viva y cierta,
Entre un perfume alegre de flores campesinas,
Que sacudió mi espesa borrachera de incienso,

Surgió un ídolo nuevo, palpitante e inmenso!
Y eran sus divinas pupilas casi humanas
Y sus divinos labios reían a la vida.
Yo miré largamente la gran figura erguida
Sin descubrir las viejas frialdades sobrehumanas,

Y comparé mis ídolos imperiosos, irguiendo
Fieramente sus frágiles monstruosidades, y este
Dios que a la vida exhibe como una flor, sonriendo
Los sellos indelebles de una estirpe celeste...
Y escuché en mí una extraña discusión de mil voces...
Súbito una alocada racha de primavera
Jugueteó entre mis ídolos... vacilaron... cayeron...
Y hubo un gran ruido alegre de porcelana huera!
Yo reí y en mí, fiera, noblemente, surgieron
En unísono coro las misteriosas voces,
Cantando las eternas victorias de la Vida!

Luego con los brillantes escombros formé un claro
Altar para el dios nuevo que reinó, simple y fuerte,
En la belleza austera del templo de lo raro
Donde todo vivía como herido de muerte.

Y quité el polvo viejo, las corolas marchitas,
Y traje de los campos alegres margaritas
De vívidas corolas y de perfume santo.
Y ofrendé al nuevo dios mi corazón que abría
Como una flor de sangre de amor y de armonía.

Y le adoré con ansias y le adoré con llanto!

Misterio: ven...

Ven, oye, yo te evoco.
Extraño amado de mi musa extraña,
Ven, tú, el que meces los enigmas hondos
En el vibrar de las pupilas cálidas.
El que ahondas los cauces de amatista
De las ojeras cárdenas...
Ven, oye, yo te evoco,
Extraño amado de mi musa extraña!

Ven, tú, el que imprimes un solemne ritmo
Al parpadeo de la tumba helada;
El que dictas los lúgubres acentos
Del decir hondo de las sombras trágicas.
Ven, tú, el poeta abrumador, que pulsas
La lira del silencio: la más rara!
La de las largas vibraciones mudas,
La que se acorda al diapason del alma!
Ven, oye, yo te evoco,
Extraño amado de mi musa extraña!

.....
Ven, acércate a mí, que en mis pupilas
Se hundan las tuyas en tenaz mirada,
Vislumbre en ellas, el sublime enigma
Del *más allá*, que espanta...
Ven...acércate más... clava en mis labios
Tus fríos labios de ámbar,
Guste yo en ellos el sabor ignoto
De la esencia enervante de tu alma!

.....
Ven, oye, yo te evoco,
Extraño amado de mi musa extraña!

Íntima

Yo te diré los sueños de mi vida
En lo más hondo de la noche azul...
Mi alma desnuda temblará en tus manos,
Sobre tus hombros pesará mi cruz.

Las cumbres de la vida son tan solas,
Tan solas y tan frías! Yo encerré
Mis ansias en mí misma, y toda entera
Como una torre de marfil me alcé.

Hoy abriré a tu alma el gran misterio;
Ella es capaz de penetrar en mí.
En el silencio hay vértigos de abismo:
Yo vacilaba, me sostengo en ti.

Muero de ensueños; beberé en tus fuentes
Puras y frescas la verdad, yo sé
Que está en el fondo magno de tu pecho
El manantial que vencerá mi sed.

Y sé que en nuestras vidas se produjo
El milagro inefable del reflejo...
En el silencio de la noche mi alma
Llega a la tuya como a un gran espejo.

Imagina el amor que habré soñado
En la tumba glacial de mi silencio!
Más grande que la vida, más que el sueño,
Bajo el azur sin fin se sintió preso.

Imagina mi amor, amor que quiere
Vida imposible, vida sobrehumana,
Tú que sabes si pesan, si consumen
Alma y sueños de Olimpo en carne humana.

Y cuando frente al alma que sentía
Poco el azur para bañar sus alas,
Como un gran horizonte aurisolado
O una playa de luz, se abrió tu alma:

Imagina!! Estrechar vivo, radiante
El Imposible! La ilusión vivida!
Bendije a Dios, al sol, la flor, el aire,
La vida toda porque tú eras vida!

Si con angustia yo compré esta dicha,
Bendito el llanto que manchó mis ojos!
¡Todas las llagas del pasado ríen
Al sol naciente por sus labios rojos!

• • •

Ah! tú sabrás mi amor, mas vamos lejos
A través de la noche florecida;
Acá lo humano asusta, acá se oye,
Se ve, se siente sin cesar la vida.

Vamos más lejos en la noche, vamos
Donde ni un eco repercute en mí,
Como una flor nocturna allá en la sombra
Yo abriré dulcemente para ti.

Explosión

Si la vida es amor, bendita sea!
Quiero más vida para amar! Hoy siento
Que no valen mil años de la idea
Lo que un minuto azul del sentimiento.

Mi corazón moría triste y lento...
Hoy abre en luz como una flor febea;
¡La vida brota como un mar violento
Donde la mano del amor golpea!

Hoy partió hacia la noche, triste, fría,
Rotas las alas mi melancolía;
Como una vieja mancha de dolor
En la sombra lejana se deslíe...
Mi vida toda canta, besa, ríe!
Mi vida toda es una boca en flor!

Amor

Yo lo soñé impetuoso, formidable y ardiente;
Hablaban el impreciso lenguaje del torrente;
Era un mar desbordado de locura y de fuego,
Rodando por la vida como un eterno riego.

Luego soñélo triste, como un gran sol poniente
Que dobla ante la noche la cabeza de fuego;
Después rió, y en su boca tan tierna como un ruego,
Sonaba sus cristales el alma de la fuente.

Y hoy sueño que es vibrante, y suave, y riente, y triste,
Que todas las tinieblas y todo el iris viste;
Que, frágil como un ídolo y eterno como Dios,
Sobre la vida toda su majestad levanta:
Y el beso cae ardiendo a perfumar su planta
En una flor de fuego deshojada por dos...

El intruso

Amor, la noche estaba trágica y sollozante
Cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
Luego, la puerta abierta sobre la sombra helante,
Tu forma fue una mancha de luz y de blancura.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante;
Bebieron en mi copa tus labios de frescura,
Y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
Me encantó tu descaro y adoré tu locura.

Y hoy río si tú ríes, y canto si tú cantas;
Y si tú duermes duermo como un perro a tus plantas!
Hoy llevo hasta en mi sombra tu olor de primavera;
Y tiemblo si tu mano toca la cerradura,
Y bendigo la noche sollozante y oscura
Que floreció en mi vida tu boca tempranera!

La copa del amor

Bebamos juntos en la copa egregia!
Raro licor se ofrenda a nuestras almas.
Abran mis rosas su frescura regia
A la sombra indeleble de tus palmas!

Tú despertaste mi alma adormecida
En la tumba silente de las horas;
A ti la primer sangre de mi vida
¡En los vasos de luz de mis auroras!

Ah! tu voz vino a recamar de oro
Mis lóbregos silencios; tú rompiste
El gran hilo de perlas de mi lloro,
Y al sol naciente mi horizonte abriste.

Por ti, en mi oriente nocturnal, la aurora
Tendió el temblor rosado de su tul;
Así en las sombras de la vida ahora,
Yo te abro el alma como un cielo azul!

• • •

¡Ah yo me siento abrir como una rosa!
Ven a beber mis mieles soberanas:
¡Yo soy la copa del amor pomposa
Que engarzará en tus manos sobrehumanas!

La copa erige su esplendor de llama...
¡Con qué hechizo en tus manos brillaría!
Su misteriosa exquisitez reclama
Dedos de ensueño y labios de armonía.

Tómala y bebe, que la gloria dora
El idilio de luz de nuestras almas;
¡Marchítense las rosas de mi aurora
A la sombra indeleble de tus palmas!

Mi aurora

Como un gran sol naciente iluminó mi vida
Y mi alma abrió a beberlo como una flor de aurora;
Amor! Amor! bendita la noche salvadora
En que llamó a mi puerta tu manita florida.

Mi alma vibró en la sombra como arpa sorprendida
Las aguas del silencio ya abiertas, en la aurora
Cantó su voz potente misteriosa y sonora.
Mi alma lóbrega era una estrella dormida!

Hoy toda la esperanza que yo llorara muerta,
Surge a la vida alada del ave que despierta
Ebria de una alegría fuerte como el dolor;

Y todo luce y vibra, todo despierta y canta
Como si el pálido rosa de su luz viva y santa
Abriera sobre el mundo la aurora de mi amor.

Desde lejos

En el silencio siento pasar hora tras hora,
Como un cortejo lento, acompasado y frío...
Ah! Cuando tú estás lejos mi vida toda llora
Y al rumor de tus pasos hasta en sueños sonrío.

Yo sé que volverás, que brillará otra aurora
En mi horizonte grave como un ceño sombrío;
Revivirá en mis bosques tu gran risa sonora
Que los cruzaba alegre como el cristal de un río.

Un día, al encontrarnos tristes en el camino
Yo puse entre tus manos pálidas mi destino!
¡Y nada de más grande jamás han de ofrecerte!

Mi alma es frente a tu alma como el mar frente al cielo:
Pasarán entre ellas tal la sombra de un vuelo,
La Tormenta y el Tiempo y la Vida y la Muerte!

CANTOS DE LA MAÑANA
1910

Fragmentos

A un poeta español

.....
¿De qué andaluza simiente
Brotó pomposa y ardiente
La flor de mi corazón?
Mi musa es bruna e hispana,
Mi sangre es sangre gitana
En rubio vaso teutón.

Mi alma, fanal de sabios
Ciegos de luz, en sus labios
– Una chispa de arrebol –
Puede recoger el fuego
De toda la vida y luego,
Todas las llamas del Sol!

Alma que cabe en un verso
Mejor que en un universo!
– Instinto de águila real
Que engarza en ave canora,
Roja semilla de aurora
En un surco musical! –

• • •

Mi sol es tu sol ausente;
Yo soy la brasa candente
De un gran clavel de pasión
Florecido en tierra extraña;
¡Todo el fuego de tu España
Calienta mi corazón!

La plebe es ciega, inconsciente;
Tu verso caerá en su frente
Como un astro en un testuz,
Mas tiene impulsos brutales,
Y un choque de pedernales
A veces hace la luz!

.....

Elegías dulces

I

Hoy desde el gran camino, bajo el sol claro y fuerte,
Muda como una lágrima he mirado hacia atrás,
Y tu voz, de muy lejos, con un olor de muerte,
Vino a aullarme al oído un triste «¡Nunca más!»

Tan triste que he llorado hasta quedar inerte...
¡Yo sé que estás tan lejos que nunca volverás!
No hay lágrimas que laven los besos de la Muerte...
– Almas hermanas mías, nunca miréis atrás!

Los pasados se cierran como los ataúdes;
Al Otoño, las hojas en dorados aludes
Ruedan... Y arde en los troncos la nueva floración...

–...Las noches son caminos negros de las auroras... –
Oyendo deshojarse tristemente las horas
Dulces, hablemos de otras flores al corazón.

II

Pobres lágrimas mías las que glisan
A la esponja sombría del Misterio,
Sin que abra en flor como una copa cárdena
Tu dolorosa boca de sediento!

Pobre mi corazón que se desangra
Como clepsidra trágica en silencio,
Sin el milagro de inefables bálsamos
En las vendas tremantes de tus dedos!
Pobre mi alma tuya acurrucada

En el pórtico en ruinas del Recuerdo,
Esperando de espaldas a la vida
Que acaso un día retroceda el Tiempo!...

La barca milagrosa

Preparadme una barca como un gran pensamiento...
La llamarán «La Sombra» unos, otros «La Estrella».
No ha de estar al capricho de una mano o de un viento:
Yo la quiero consciente, indomable y bella!

La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
De vida sobrehumana; he de sentirme en ella
Fuerte como en los brazos de Dios! En todo viento,
En todo mar templadme su prora de centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
Iré como la rota corola de un nelumbo,
Por sobre el horizonte líquido de la mar...

Barca, alma hermana; hacia qué tierras nunca vistas,
De hondas revelaciones, de cosas imprevistas
Iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

El vampiro

En el regazo de la tarde triste
Yo invoqué tu dolor... Sentirlo era
Sentirte el corazón! Palideciste
Hasta la voz, tus párpados de cera

Bajaron... y callaste... Pareciste
Oír pasar la Muerte... Yo que abriera
Tu herida mordí en ella – ¿me sentiste? –
Como en el oro de un panal mordiera!

Y exprimí más, traidora, dulcemente
Tu corazón herido mortalmente,
Por la cruel daga rara y exquisita
De un mal sin nombre, hasta sangrarlo en llanto!
Y las mil bocas de mi sed maldita
Tendí a esa fuente abierta en tu quebranto.

¿Por qué fui tu vampiro de amargura?...
¿Soy flor o estirpe de una especie oscura
Que come llagas y que bebe el llanto?

Supremo idilio

(Boceto de un poema)

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la noche adiamantan,
Una figura blanca hasta la luz... Erguido
Bajo el balcón romántico del castillo adormido
Un cuerpo tenebroso... Alternándose cantan.

– Oh tú, flor augural de una estirpe suprema
Que duplica los pétalos sensitivos del alma,
Nata de azules sangres, aurisolar diadema
Florecida en las sienes de la Raza!... Suprema-
Mente pulso en la noche tu corazón en calma!

– Oh tú que surges pálido de un gran fondo de enigma
Como el retrato incógnito de una tela remota!...
Tu sello puede ser un blasón o un estigma;
En las aguas cambiantes de tus ojos de enigma
Un corazón herido – y acaso muerto – flota!

– Los ojos son la Carne y son el Alma: mira!
Yo soy la Aristocracia lívida del Dolor
Que forja los puñales, las cruces y las liras,
Que en las llagas sonrío y en los labios suspira...
Satán pudiera ser mi semilla o mi flor!

Soy fruto de aspereza y maldición: yo amargo
Y mancho mortalmente el labio que me toca;
Mi beso es flor sombría de un Otoño muy largo...
Exprimido en tus labios dará un sabor amargo,
Y todo el Mal del Mundo florecerá en tu boca!

Bajo la aurora fúlgida de tu ilusión, mi vida
Extenderá las ruinas de un apagado Averno;
Vengo como el vampiro de una noche aterida
A embriagarme en tu sangre nueva: llego a tu vida
Derramada en capullos, como un ceñudo Invierno!

– Como en pétalos flojos yo desmayo a tu hechizo!...
Traga siniestro buitres mi pobre corazón!
En tus manos mi espíritu es dúctil como un rizo...
El corazón me lleva a tu siniestro hechizo
Como el barco inconsciente el ala del timón!

Comulga con mi cuerpo devoradora sima!
Mi alma clavo en tu alma como una estrella de oro;
Florece tu frente como una tierra opima,
Cuando en tu almohada trágica y honda como una sima,
Mis rizos se derramen en una fuente de oro!

– Mi alma es negra tumba, fría como la Nieve...
– Buscaré una rendija para filtrarme en luz!
– Albo lirio!... A tocarte ni mi sombra se atreve...
– Te abro; ¡oh mancha de lodo! mi gran cáliz de nieve
Y tiendo a ti eucarísticos mis brazos, negra cruz!

Enróscate; ¡oh serpiente caída de mi Estrella
Sombria a mi ardoroso tronco primaveral!...
Yo apagaré tu Noche o me incrustaré en ella:
Seré en tus cielos negros el fanal de una estrella,
Seré en tus mares turbios la estrella de un fanal!

Sé mi bien o mi mal, yo viviré en tu vida!
Yo enlazo a tus espinas mi hiedra de ilusión...
Seré en ti una paloma que en una ruina anida;
Soy blanca, y dulce, y leve; llévame por la Vida
Prendida como un lirio sobre tu corazón!

– Oh dulce, dulce lirio!... Llave de las alburas!
Tú has abierto la sala blanca en mi alma sombría,
La sala en que silentes las ilusiones puras
En dorados sitiales, tejen mallas de alburas!...
– Tu alma se vuelve blanca porque va siendo mía!

– Oh leyes del Milagro!... yo, hijo de la sombra
Morder tu carne rubia: oh fruto de los soles!
—Soy tuya fatalmente: mi silencio te nombra,
Y si la tocas tiembla como un alma mi sombra!...
Oh maga flor del Oro brotada en mis crisoles!

– Los surcos azurados del Ensueño sembramos
De alguna palpitante simiente inconcebida
Que arda en florecimientos imprevistos y extremos;
Y al amparo inefable de los cielos sembramos
De besos extrahumanos las cumbres de la Vida!

Amor es milagroso, invencible y eterno;
La vida formidable florece entre sus labios...
Raíz nutrida en la entraña del Cielo y del Averno,
Viene a dar a la tierra el fuerte fruto eterno
Cuyo sangriento zumo se bebe a cuatro labios!

Amor es todo el Bien y todo el Mal, el Cielo
Todo es la arcada ardiente de sus alas cernidas...
Bajar de un plinto vano es remontar el vuelo...
Y Él te impulsa a mis brazos abiertos como el Cielo,
Oh suma flor con alma, a deshojar en vidas!...

• • •

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos en la Noche adiamantan,
El Silencio y la Sombra se acarician sin ruido...
Bajo el balcón romántico del castillo adormido
Un fuerte claro-oscuro y dos voces que cantan...

La intensa realidad de un sueño lúgubre...

La intensa realidad de un sueño lúgubre
Puso en mis manos tu cabeza muerta;
Yo la apresaba como hambriento buitre...
Y con más alma que en la Vida, trémula,
Le sonreía como nadie nunca!...
¡Era tan mía cuando estaba muerta!

Hoy la he visto en la Vida, bella, impávida
Como un triunfo estatuario, tu cabeza!
Más frío me dio así que en el idilio
Fúnebre aquel, al estrecharla muerta...
¡Y así la lloro hasta agotar mi vida...
Así tan viva cuanto me es ajena!

A una cruz

Ex-voto

Cruz que ofrendando tu infinito abrazo
Cabe la silenciosa carretera,
Pareces bendecir la tierra entera
Y atarla al cielo como un férreo lazo!...

Puerto de luz abierto al peregrino
A la orilla del pálido camino!...
Vibre en el Tiempo la sagrada hora
Que a tu lado viví, cuando el gran broche
De nácar de la luna abrió una noche
Que pareció una aurora!...

La luna alzaba dulce, dulcemente
El velo blanco, blanco y transparente
De prometida del Misterio; el Cielo
Estaba vivo como un alma!... el velo,
El velo blanco y temblador crecía
Como una blanca y tembladora nata...
Y la tierra inefable parecía
Un sueño enorme de color de plata!
Fue un abismo de luz cada segundo,
El límpido silencio se creería
La voz de Dios que se explicara al Mundo!

...

Como cayó en tus brazos mi alma herida
Por todo el Mal y todo el Bien: mi alma
Un fruto milagroso de la Vida
Forjado a sol y madurado en sombra,
Acogíase a ti como a una palma
De luz en el desierto de la Sombra!...

Y la Armonía fiel que en mí murmura
Como una extraña arteria, rompió en canto,
Y del mármol hostil de mi escultura
Brotó un sereno manantial de llanto!...

Así lloré el dolor de las heridas
Y la embriaguez opiada de las rosas...
Arraigábanse en mí todas las vidas,
Reflejábanse en mí todas las cosas!...

Y a ese primer llanto: mi alma, una
Suprema estatua, triste sin dolor,
Se alzó en la nieve tibia de la Luna
Como una planta en su primera flor!

Lo inefable

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...

Cumbre de los Martirios!... Llevar eternamente,
Desgarradora y árida, la trágica simiente
Clavada en las entrañas como un diente feroz!...

Pero arrancarla un día en flor que abriera
Milagrosa, inviolable!... Ah, más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!!

La noche entró en la sala adormecida...

La noche entró en la sala adormecida
Arrastrando el silencio a pasos lentos...
Los sueños son tan quedos que una herida
Sangrar se oiría. Rueda en los momentos

Una palabra insólita, caída
Como una hoja de Otoño... Pensamientos
Suaves tocan mi frente dolorida,
Tal manos frescas, ah... ¿por qué tormentos

Misteriosos los rostros palidecen
Dulcemente?... Tus ojos me parecen
Dos semillas de luz entre la sombra,

Y hay en mi alma un gran florecimiento
Si en mí los fijas; si los bajas, siento
Como si fuera a florecer la alfombra!

Las coronas

...¿Un ensueño entrañable? ...¿Un recuerdo profundo?...
¡Fue un momento supremo a las puertas del Mundo!

El Destino me dijo maravillosamente:
– Tus sienes son dos vivos engastes soberanos:
Elige una corona, todas van a tu frente! –
Y yo las vi brotar de las fecundas manos,

Floridas y gloriosas, trágicas y brillantes!
Más fría que el mármoleo cadáver de una estatua,
Miré rodar espinas, y flores, y diamantes,
Como el bagaje espléndido de una Quimera fatua.

Luego fue un haz luciente de doradas estrellas;
– Toma! – dijo – son besos del Milagro, entre ellas
Florecerán tus sienes como dos tierras cálidas!...

...Tal pupilas que mueren, se apagaron rodando...
Yo me interné en la Vida, dulcemente, soñando
Hundir mis sienes fértiles entre tus manos pálidas!...

¡Vida!

A ti vengo en mis horas de sed como a una fuente
Límpida, fresca, mansa, colosal...
Y las punzantes serpientes de fuego mueren siempre
En la corriente blanda y poderosa.

Vengo a ti en mi cansancio, como al umbroso bosque
En cuyos terciopelos profundos la Fatiga
Se aduerme dulcemente, con música de brisas,
De pájaros y aguas...
Y del umbroso bosque salgo siempre radiante
Y despierta como un amanecer.

Vengo a ti en mis heridas, como al vaso de bálsamos
En que el Dolor se embriaga hasta morir de olvido...
Y llevo
Selladas mis heridas como las bocas muertas,
Y por tus buenas manos vendadas de delicias.

Cuando el frío me ciñe doloroso sudario,
Lívida vengo a ti,
Como al rincón dorado del hogar,
Como al Hogar universal del Sol!...
Y vuelvo toda en rosas como una primavera,
Arropada en tu fuego.

A ti vengo en mi orgullo,
Como a la torre dúctil,
Como a la torre única
Que me izará sobre las cosas todas!
Sobre la cumbre misma,
Arriscada y creciente,
De mi eterno Capricho!

Para mi vida hambrienta,
Eres la presa única,
Eres la presa eterna!
El olor de tu sangre,
El color de tu sangre
Flamean en los picos ávidos de mis águilas.

Vengo a ti en mi deseo,
Como en mil devorantes abismos, toda abierta
El alma incontenible...
Y me lo ofreces todo!...
Los mares misteriosos florecidos en mundos,
Los cielos misteriosos florecidos en astros,
Los astros y los mundos!
...Y las constelaciones de espíritus suspensas
Entre mundos y astros...
...Y los sueños que viven más allá de los astros,
Más acá de los mundos...

¿Cómo dejarte – ¡Vida! –
Cómo salir del dulce corazón
Hospitalario y pródigo,
Como una patria fértil?...
Si para mí la tierra,
Si para mí el espacio,
¡Todos! son los que abarca
El horizonte puro de tus brazos!...
Si para mí tu más allá es la Muerte,
Sencillamente, prodigiosamente!...

Las alas

Yo tenía...

dos alas!...

Dos alas,
Que del Azur vivían como dos siderales
Raíces!...
Dos alas,
Con todos los milagros de la vida, la Muerte
Y la ilusión. Dos alas,
Fulmíneas
Como el velamen de una estrella en fuga;
Dos alas,
Como dos firmamentos
Con tormentas, con calmas y con astros...

¿Te acuerdas de la gloria de mis alas?...
El áureo campaneó
Del ritmo; el inefable
Matiz atesorando
El Iris todo, más un Iris nuevo
Ofuscante y divino,
Que adorarán las plenas pupilas del Futuro
(Las pupilas maduras a toda luz!)... el vuelo...

El vuelo ardiente, devorante y único,
Que largo tiempo atormentó los cielos,
Despertó soles, bólidos, tormentas,
Abrillantó los rayos y los astros;
Y la amplitud: tenían
Calor y sombra para todo el Mundo,
Y hasta incubar un *más allá* pudieron.

Un día, raramente
Desmayada a la tierra,
Yo me adormí en las felpas profundas de este bosque...
Soñé divinas cosas!...
Una sonrisa tuya me despertó, pareceme...
Y no siento mis alas!...
¿Mis alas?...

— Yo las *vi* deshacerse entre mis brazos...
¡Era como un deshielo!

Un alma

Bajo los grandes cielos
Afelpados de sombras o dorados de soles,
Arropada en el manto
Pálido y torrencial de mi melancolía,
Con una astral indiferencia miro
Pasar las intemperies...

Ceños

De los reconcentrados horizontes;
Aletazos de fuego del relámpago;
Deshielos de las nubes;
Fantásticos tropeles
Desmelenados de los huracanes;
Pórticos esmaltados de los iris,
Abiertos a las fúlgidas bonanzas:
Pasad!... Yo miro indiferente y fija,
Indiferente y fija como un astro!

El nudo

Su idilio fue una larga sonrisa a cuatro labios...
En el regazo cálido de rubia primavera
Amáronse talmente que entre sus dedos sabios
Palpitó la divina forma de la Quimera.

En los palacios fúlgidos de las tardes en calma
Hablábanse un lenguaje sentido como un lloro,
Y se besaban hondo hasta morderse el alma!...
Las horas deshojáronse como flores de oro,

Y el Destino interpuso sus dos manos heladas...
Ah! los cuerpos cedieron, mas las almas trenzadas
Son el más intrincado nudo que nunca fue...
En lucha con sus locos enredos sobrehumanos
Las Furias de la vida se rompieron las manos
Y fatigó sus dedos supremos Ananké...

Fue al pasar

Yo creí que tus ojos anegaban el mundo...
Abiertos como bocas en clamor... Tan dolientes
Que un corazón partido en dos trozos ardientes
Parecieron... Fluían de tu rostro profundo

Como dos manantiales graves y venenosos...
Fraguas a fuego y sombra tus pupilas!... tan hondas
Que no sé desde dónde me miraban, redondas
Y oscuras como mundos lejanos y medrosos.

¡Ah tus ojos tristísimos como dos galerías
Abiertas al Poniente!... Y las sendas sombrías
De tus ojeras donde reconocí mis rastros!...

Yo envolví en un gran gesto mi horror como en un velo,
Y me alejé creyendo que cuajaba en el cielo
La medianoche húmeda de tu mirar sin astros!

Tú dormías...

Engastada en mis manos fulguraba
Como extraña presea, tu cabeza;
Yo la ideaba estuches, y preciaba
Luz a luz, sombra a sombra su belleza.

En tus ojos tal vez se concentraba
La vida, como un filtro de tristeza
En dos vasos profundos... Yo soñaba
Que era una flor del mármol tu cabeza...

Cuando en tu frente nacarada a luna,
Como un monstruo en la paz de una laguna,
Surgió un enorme ensueño taciturno...

Ah! tu cabeza me asustó... Fluía
De ella una ignota vida... Parecía
No sé qué mundo anónimo y nocturno...

Primavera

¡Oh despertar glorioso de mi lira
Transfigurada, poderosa, libre,
Con los brazos abiertos tal dos alas
Fúlgidas apuntadas al futuro!
¡Oh despertar glorioso de mi lira
Como un sol nuevo sobre un nuevo mundo!

No más soñar en afelpados bosques;
No más soñar sobre acolchadas playas!...
Reconcentren sus sombras los abismos;
Empíñense soberbias las montañas;
Limpíen los lagos sus espejos vivos;
El mar con voz, espumas, olas nuevas
Misterio de sirenas ignoradas;
Los labios de otras flores más brillantes
Rían a otros picos y otras alas;
En los vergeles estelares ardan
Otras maravillosas florespencias;
Oscurezca el dolor sus alas negras;
Agucen sus aceros las tormentas;
Todo el amor del Mundo reflorezca
En palpitantes cármes humanos;
Al resplandor de incendio del Orgullo
Cíñan el hada sombría de la Tierra
El tesoro fecundo de sus joyas!

Los brazos de mi lira se han abierto
Sobre una melodiosa primavera
Que encantarán las cosas más lejanas,
Las más inaccesibles, las más áridas!

Mi lira era un capullo, sus dos brazos
Abrieron armoniosos como pétalos
De una animada flor maravillosa
Dorada a sol y electrizada a luna!

Los brazos de mi lira se han abierto
Puros y ardientes como el fuego; ebrios
Del ansia visionaria de un abrazo
Tan grande, tan potente, tan amante
Que haga besarse el fango con los astros...
Y otras cosas más bajas y sombrías
Con otras más brillantes y más altas!...

Oh mi lira de brazos como pétalos
¡Flor la más rara de esta primavera!

Los relicarios dulces

Hace tiempo, algún alma ya borrada fue mía...
Se nutrió de mi sombra... Siempre que yo quería
El abanico de oro de su risa se abría,

O su llanto sangraba una corriente más;

Alma que yo ondulaba tal una cabellera
Derramada en mis manos... Flor del fuego y la cera...
Murió de una tristeza mía... Tan dúctil era,

Tan fiel, que a veces dudo si pudo ser jamás...

Poemas

El diamante

Hoy, en una mano burda, instintiva, deforme, he visto el diamante más bello que pueda encender el Milagro... Parecía vivo y doloroso como un espíritu desolado... Vi fluir de su luz una sombra tan triste, que he llorado por él y por todos los bellos diamantes extraviados en manos deformes...

El raudal

A veces, cuando el amado y yo soñamos en silencio, – un silencio agudo y profundo como el acecho de un sonido insólito y misterioso – siento como si su alma y la mía corrieran lejanamente, por yo no sé qué tierras nunca vistas, en un raudal potente y rumoroso...

Los retratos

Si os asomaraís a mi alma como a una estancia profunda, veríais cuánto la entenebrece e ilumina la intrincada galería de los Desconocidos... Figuras incógnitas que, acaso, una sola vez en la vida pasaron por mi lado sin mirarme, y están fijas allá dentro como clavadas con astros...

LOS CÁLCES VACÍOS
(*POESÍAS*)
1913

PÓRTICO

De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso ninguna ha impresionado mi ánimo como Delmira Agustini, por su alma sin velos y su corazón de flor. A veces rosa por lo sonrosado, a veces lirio por lo blanco. Y es la primera vez que en lengua castellana aparece un alma femenina en el orgullo de la verdad de su inocencia y de su amor, a no ser Santa Teresa en su exaltación divina. Si esta niña bella continúa en la lírica revelación de su espíritu como hasta ahora, va a asombrar a nuestro mundo de lengua española. Sinceridad, encanto y fantasía, he allí las cualidades de esta deliciosa musa. Cambiando la frase de Shakespeare, podría decirse «that is a woman», pues por ser muy mujer, dice cosas exquisitas que nunca se han dicho. Sean con ella la gloria, el amor y la felicidad.

RUBÉN DARÍO

Debout sur mon orgueil je veux montrer au soir...

Debout sur mon orgueil je veux montrer au soir
L'envers de mon manteau endeuillé de tes charmes,
Son mouchoir infini, son mouchoir noir et noir
Trait à trait, doucement, boira toutes mes larmes.

Il donne des lys blancs à mes roses de flamme
Et des bandeaux de calme à mon front délirant...
Que le soir sera bon... Il aura pour moi l'âme
Claire et les corps profond d'un magnifique amant.

Ofrendando el libro

A Eros

Porque haces tu can de la leona
Más fuerte de la Vida, y la aprisiona
La cadena de rosas de tu brazo.

Porque tu cuerpo es la raíz, el lazo
Esencial de los troncos discordantes
Del placer y el dolor, plantas gigantes.

Porque emerge en tu mano bella y fuerte,
Como en broche de místicos diamantes,
El más embriagador lis de la Muerte.

Porque sobre el Espacio te diviso,
Puente de luz, perfume y melodía,
Comunicando infierno y paraíso.

— Con alma fúlgida y carne sombría...

Nocturno

Fuera, la noche en veste de tragedia solloza
Como una enorme viuda pegada a mis cristales.

Mi cuarto: ...

Por un bello milagro de la luz y del fuego
Mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras:
Tiene un musgo tan suave, tan hondo de tapices,
Y es tan vívida y cálida, tan dulce que me creo
Dentro de un corazón...

Mi lecho que está en blanco es blanco y vaporoso
Como flor de inocencia,
Como espuma de vicio!

Esta noche hace insomnio;
Hay noches negras, negras, que llevan en la frente
Una rosa de sol...
En estas noches negras y claras no se duerme.

Y yo te amo, Invierno!
Yo te imagino viejo,
Yo te imagino sabio,
Con un divino cuerpo de mármol palpitante
Que arrastra como un manto regio el peso del Tiempo...
Invierno, yo te amo y soy la primavera...
Yo sonroso, tú nievas:
Tú porque todo sabes,
Yo porque todo sueño...

...Amémonos por eso!...
Sobre mi lecho en blanco,
Tan blanco y vaporoso como flor de inocencia,
Como espuma de vicio,
Invierno, Invierno, Invierno,
Caigamos en un ramo de rosas y de lirios!

Tu boca

Yo hacía una divina labor, sobre la roca
Creciente del Orgullo. De la vida lejana,
Algún pétalo vívido me voló en la mañana,
Algún beso en la noche. Tenaz como una loca,
Seguía mi divina labor sobre la roca,

Cuando tu voz que funde como sacra campana
En la nota celeste la vibración humana,
Tendió su lazo de oro al borde de tu boca;

— Maravilloso nido del vértigo, tu boca!
Dos pétalos de rosa abrochando un abismo... —

Labor, labor de gloria, dolorosa y liviana;
¡Tela donde mi espíritu se fue tramando él mismo!
Tú quedas en la testa soberbia de la roca,

Y yo caigo sin fin en el sangriento abismo!

¡Oh tú!

Yo vivía en la torre inclinada
De la Melancolía...
Las arañas del tedio, las arañas más grises,
En silencio y en gris tejían y tejían.

¡Oh la húmeda torre!...
Llena de la presencia
Siniestra de un gran búho,
Como un alma en pena;

Tan mudo que el Silencio en la torre es dos veces;
Tan triste, que sin verlo nos da frío la inmensa
Sombra de su tristeza.

Eternamente incubaba un gran huevo infecundo,
Incrustadas las raras pupilas *más allá*;
O caza las arañas del tedio, o traga amargos
Hongos de soledad.

El búho de las ruinas ilustres y las almas
Altas y desoladas!
Náufraga de la Luz yo me ahogaba en la sombra...
En la húmeda torre, inclinada a mí misma,
A veces yo temblaba
Del horror de mi sima.

• • •

¡Oh, Tú que me arrancaste a la torre más fuerte!
Que alzaste suavemente la sombra como un velo,
Que me lograste rosas en la nieve del alma,
Que me lograste llamas en el mármol del cuerpo;

Que hiciste todo un lago con cisnes, de mi lloro...
Tú que en mí todo puedes,
En mí debes ser Dios!
De tus manos yo quiero hasta al Bien que hace mal...
Soy el cáliz brillante que colmarás, Señor;
Soy, caída y erguida como un lirio a tus plantas,
Más que tuya, mi Dios!
Perdón, perdón si peco alguna vez, soñando
Que me abrazas con alas ¡todo mío! en el Sol...

En tus ojos

Ojos a toda luz y a toda sombra!
Heliotropos del Sueño! Plenos ojos
Que encandiló el Milagro y que no asombra
Jamás la vida... Eléctricos cerrojos

De profundas estancias; claros broches,
Broches oscuros, húmedos, temblantes,
Para un collar de días y de noches...
Bocas de abismo en labios centelleantes;

Natas de amargas mares nunca vistas;
Claros medallas; tétricos blasones;
Capullos de dos noches imprevistas
Y madreperlas de constelaciones...

¿Sabes todas las cosas palpitantes,
Inanimadas, claras, tenebrosas,
Dulces, horrendas, juntas o distantes,
Que pueden ser tus ojos?... Tantas cosas

Que se nombraran infinitamente!...
Maravilladas veladoras mías
Que en fuego bordan visionariamente
La trama de mis noches y mis días!...
Lagos que son también una corriente...

Jardines de los iris! devorados
Por dos fuentes que eclipsan los tesoros
Sombríos más sombríos, máspreciados...
Firmamentos en flor de meteoros;

Fondos marinos, cristalinas grutas
Donde se encastilló la Maravilla;
Faros que apuntan misteriosas rutas...
Caminos temblorosos de una orilla

Desconocida; lámparas votivas
Que se nutren de espíritus humanos
Y que el milagro enciende; gemas vivas
Y hoy por gracia divina, ¡siempre vivas!
Y en el azur del Arte, astros hermanos!

Día nuestro

– La tienda de la noche se ha rasgado hacia Oriente. –
Tu espíritu amanece maravillosamente;
Su luz entra en mi alma como el sol a un vergel...

– Pleno sol. Llueve fuego. – Tu amor tiente, es la gruta
Afelpada de musgo, el arroyo, la fruta,
La deleitosa fruta madura a toda miel.

– El Ángelus. – Tus manos son dos alas tranquilas,
Mi espíritu se dobla como un gajo de lilas,
Y mi cuerpo te envuelve... tan sutil como un velo.

– El triunfo de la Noche. – De tus manos, más bellas,
Fluyen todas las sombras y todas las estrellas,
Y mi cuerpo se vuelve profundo como un cielo!

Tres pétalos a tu perfil

En oro, bronce o acero
Líricos grabar yo quiero
Tu Wagneriano perfil;
Perfil supremo y arcano
Que yo torné casi humano:
Asómate a mi buril.

Perfil que me diste un día
Largo de melancolía
Y rojo de corazón;
Perfil de antiguos marfiles,
Diamante de los perfiles,
Mi lira es tu medallón!

Perfil que el tedio corona,
Perfil que el orgullo encona
Y estrella un gran ojo gris,
Para embriagar al Futuro,
Destila, tu filtro oscuro
En el cáliz de este lis.

La ruptura

Érase una cadena fuerte como un destino,
Sacra como una vida, sensible como un alma;
La corté con un lirio y sigo mi camino
Con la frialdad magnífica de la Muerte... Con calma

Curiosidad mi espíritu se asoma a su laguna
Interior, y el cristal de las aguas dormidas,
Refleja un dios o un monstruo, enmascarado en una
Esfinge tenebrosa suspensa de otras vidas.

Visión

¿Acaso fue en un marco de ilusión,
En el profundo espejo del deseo,
O fue divina y simplemente en vida
Que yo te vi velar mi sueño la otra noche?

En mi alcoba agrandada de soledad y miedo,
Taciturno a mi lado apareciste
Como un hongo gigante, muerto y vivo,
Brotado en los rincones de la noche,
Húmedos de silencio,
Y engrasados de sombra y soledad.

Te inclinabas a mí, supremamente,
Como a la copa de cristal de un lago
Sobre el mantel de fuego del desierto;
Te inclinabas a mí, como un enfermo
De la vida a los opios infalibles
Y a las vendas de piedra de la Muerte;
Te inclinabas a mí como el creyente
A la oblea de cielo de la hostia...
— Gota de nieve con sabor de estrellas
Que alimenta los lirios de la Carne,
Chispa de Dios que estrella los espíritus. —
Te inclinabas a mí como el gran sauce
De la Melancolía
A las hondas lagunas del silencio;
Te inclinabas a mí como la torre
De mármol del Orgullo,
Minada por un monstruo de tristeza,
A la hermana solemne de su sombra...
Te inclinabas a mí como si fuera
Mi cuerpo la inicial de tu destino

En la página oscura de mi lecho;
Te inclinabas a mí como al milagro
De una ventana abierta al más allá.

¡Y te inclinabas más que todo eso!

Y era mi mirada una culebra
Apuntada entre zarzas de pestañas,
Al cisne reverente de tu cuerpo.
Y era mi deseo una culebra
Glisando entre los riscos de la sombra
A la estatua de lirios de tu cuerpo!

Tú te inclinabas más y más... y tanto,
Y tanto te inclinaste,
Que mis flores eróticas son dobles,
Y mi estrella es más grande desde entonces.
Toda tu vida se imprimió en mi vida...

Yo esperaba suspensa el aletazo
Del abrazo magnífico; un abrazo
De cuatro brazos que la gloria viste
De fiebre y de milagro, será un vuelo!
Y pueden ser los hechizados brazos
Cuatro raíces de una raza nueva:

Y esperaba suspensa el aletazo
Del abrazo magnífico...
Y cuando,
Te abrí los ojos como un alma, y vi
Que te hacías atrás y te envolvías
En yo no sé qué pliegue inmenso de la sombra!

LIS PÚRPURA

Con tu retrato

Yo no sé si mis ojos o mis manos
Encendieron la vida en tu retrato;
Nubes humanas, rayos sobrehumanos,
Todo tu *Yô* de emperador innato

Amanece a mis ojos, en mis manos!
Por eso, toda en llamas, yo desato
Cabellos y alma para tu retrato,
Y me abro en flor!... Entonces, soberanos

De la sombra y la luz, tus ojos graves
Dicen grandezas que yo sé y tú sabes...
Y te dejó morir... Queda en mis manos

Una gran mancha lívida y sombría...
Y renaces en mi melancolía
Formado de astros fríos y lejanos!

En silencio...

Por tus manos indolentes
Mi cabello se desfloca;
Sufro vértigos ardientes
Por las dos tazas de moka

De tus pupilas calientes;
Me vuelvo peor que loca
Por la crema de tus dientes
En las fresas de tu boca;

En llamas me despedazo
Por engarzarme en tu abrazo,
Y me calcina el delirio
Cuando me yergo en tu vida,
Toda de blanco vestida,
Toda sahumada de lirio!

Otra estirpe

Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...
Pido a tus manos todopoderosas,
Su cuerpo excelso derramado en fuego
Sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego
Brinda el nectario de un jardín de Esposas;
Para sus buitres en mi carne entrego
Todo un enjambre de palomas rosas!

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
Mi gran tallo febril... Absintio, mieles,
Viérteme de sus venas, de su boca...
¡Así tendida soy un surco ardiente,
Donde puede nutrirse la simiente,
De otra Estirpe sublimemente loca!

El surtidor de oro

Vibre, mi musa, el surtidor de oro
La taza rosa de tu boca en besos;
De las espumas armoniosas surja
Vivo, supremo, misterioso, eterno,
El amante ideal, el esculpido
En prodigios de almas y de cuerpos;
Debe ser vivo a fuerza de soñado,
Que sangre y alma se me va en los sueños;
Ha de nacer a deslumbrar la Vida,
Y ha de ser un dios nuevo!
Las culebras azules de sus venas
Se nutren de milagro en mi cerebro...

...

Selle, mi musa, el surtidor de oro
La taza rosa de tu boca en besos;
El amante ideal, el esculpido
En prodigios de almas y de cuerpos,
Arraigando las uñas extrahumanas
En mi carne, solloza en mis ensueños:
– Yo no quiero más Vida que tu vida,
Son en ti los supremos elementos;
Déjame bajo el cielo de tu alma,
En la cálida tierra de tu cuerpo! –
– Selle, mi musa, el surtidor de oro
La taza rosa de tu boca en besos!

Fiera de amor

Fiera de amor, yo sufro hambre de corazones.
De palomos, de buitres, de corzos o leones,
No hay manjar que más tiente, no hay más grato sabor,
Había ya estragado mis garras y mi instinto,
Cuando erguida en la casi ultratierra de un plinto,
Me deslumbró una estatua de antiguo emperador.

Y crecí de entusiasmo; por el tronco de piedra
Ascendió mi deseo como fulmínea hiedra
Hasta el pecho, nutrido en nieve al parecer;
Y clamé al imposible corazón... la escultura
Su gloria custodiaba serenísima y pura,
Con la frente en Mañana y la planta en Ayer.

Perenne mi deseo, en el tronco de piedra
Ha quedado prendido como sangrienta hiedra;
Y desde entonces muerdo soñando un corazón
De estatua, presa suma para mi garra bella;
No es ni carne ni mármol: una pasta de estrella
Sin sangre, sin calor y sin palpitación...

Con la esencia de una sobrehumana pasión!

Ceguera

Me abismo en una rara ceguera luminosa;
Un astro, casi un alma, me ha velado la Vida.
¿Se ha prendido en mí como brillante mariposa,
O en su disco de luz he quedado prendida?

No sé...

Rara ceguera que me borras el mundo,
Estrella, casi alma, con que asciendo o me hundo:
Dame tu luz y vélame eternamente el mundo!

Inextinguibles...

Oh tú que duermes tan hondo que no despiertas!
Milagrosas de vivas, milagrosas de muertas,
Y por muertas y vivas eternamente abiertas,

Alguna noche en duelo yo encuentro tus pupilas

Bajo un trapo de sombra o una blonda de luna.
Bebo en ellas la Calma como en una laguna.
Por hondas, por calladas, por buenas, por tranquilas

Un lecho o una tumba parece cada una.

Para tus manos

Manos que sois de la Vida,
Manos que sois del Ensueño;
Que disteis toda belleza
Que toda belleza os dieron;
Tan vivas como dos almas,
Tan blancas como de muerto,
Tan suaves que se diría
Acariciar un recuerdo;
Vasos de los elixires
Los filtros y los venenos;
Manos que me disteis gloria
Manos que me disteis miedo!
Con finos dedos tomasteis
La ardiente flor de mi cuerpo...
Manos que vais enjoyadas
Del rubí de mi deseo,
La perla de mi tristeza,
Y el diamante de mi beso:
¡Llevad a la fosa misma
Un pétalo de mi cuerpo!
Manos que sois de la Vida,
Manos que sois del Ensueño.

...

¿En qué tela de llamas me envolvieron
Las arañas de nieve de tus manos?
Red de tu alma y de tu carne, lía
Mis alas y mis brazos!

Tú me llegaste de un país tan lejos
Que a veces pienso si será soñado...

Venías a traerme mi destino,
Tal vez desde el Olimpo, en esas manos;
Y hoy que tu nave peregrina cruza
No sé qué mar al soplo del Acaso,
Ellas abren sin fin sobre mi vida,
Como un cielo presente aunque lejano,
Y de sus palmas armoniosas bajan
Noches y días alhajados de astros,
O encapuzados de siniestras nubes
Que me apuntan sus rayos...

Ellas me alzaron como un lirio roto
De mi tristeza como de un pantano;
Me desvelaron de melancolías,
Obturaron las venas de mi llanto,
Las corolas de oro de mis lámparas
De insomnio deshojaron,
Abrieron deslumbrantes los dormidos
Capullos de mis astros,
Y gráciles prendieron en mi pecho
La rosa del Encanto.

Mis alas embriagadas de pereza,
Con dulzura balsámica peinaron,
Les curaron las llagas de la tierra,
Y apartando las puertas del Milagro,
Con un gesto que hacía un horizonte
Una vía de azur me señalaron...
Yo abrí los brazos al tender las alas...
Quise volar... y desmayé en tus manos!

¿En qué tela de fuego me envolvieron
Las arañas de nieve de tus manos?
¡Red de tu alma y de tu carne, líame
Mis alas y mis brazos!

• • •

Manos que sois de la Vida,
Manos que sois del Ensueño;
Manos que disteis gloria,
Manos que me disteis miedo!
Llevad a la fosa misma
Un pétalo de mi cuerpo...

— ¿Contendrán esas manos divinas, invisible,
El doloroso signo de las supremas leyes?...
Yo creo que solemnes, dominarán al Tiempo!
Y dulces, juraría que hechizan a la Muerte!—

• • •

Manos que sois de la Vida!
Manos que sois del Ensueño!
Manos que me disteis gloria!
Manos que me disteis miedo!

Nocturno

Engarzado en la noche el lago de tu alma,
Diríase una tela de cristal y de calma
Tramada por las grandes arañas del desvelo.

Nata de agua lustral en vaso de alabastros;
Espejo de pureza que abrillantas los astros
Y reflejas la sima de la Vida en un cielo!...

Yo soy el cisne errante de los sangrientos rastros,
Voy manchando los lagos y remontando el vuelo.

El cisne

Pupila azul de mi parque
Es el sensitivo espejo
De un lago claro, muy claro!...
Tan claro que a veces creo
Que en su cristalina página
Se imprime mi pensamiento.

Flor del aire, flor del agua,
Alma del lago es un cisne
Con dos pupilas humanas,
Grave y gentil como un príncipe;
Alas lirio, remos rosa...
Pico en fuego, cuello triste
Y orgulloso, y la blancura
Y la suavidad de un cisne...

El ave cándida y grave
Tiene un maléfico encanto;
— Clavel vestido de lirio,
Trasciende a llama y milagro!...
Sus alas blancas me turban
Como dos cálidos brazos;
Ningunos labios ardieron
Como su pico en mis manos;
Ninguna testa ha caído
Tan lánguida en mi regazo;
Ninguna carne tan viva,
He padecido o gozado:
Viborean en sus venas
Filtros dos veces humanos!

Del rubí de la lujuria
Su testa está coronada;
Y va arrastrando el deseo
En una cauda rosada...

Agua le doy en mis manos
Y él parece beber fuego;
Y yo parezco ofrecerle
Todo el vaso de mi cuerpo...

Y vive tanto en mis sueños,
Y ahonda tanto en mi carne,
Que a veces pienso si el cisne
Con sus dos alas fugaces,
Sus raros ojos humanos
Y el rojo pico quemante,
Es solo un cisne en mi lago
O es en mi vida un amante...

Al margen del lago claro
Yo le interrogo en silencio...
Y el silencio es una rosa
Sobre su pico de fuego...
Pero en su carne me habla
Y yo en mi carne le entiendo.
— A veces ¡toda! soy alma;
Y a veces ¡toda! soy cuerpo. —
Hunde el pico en mi regazo
Y se queda como muerto...
Y en la cristalina página,

En el sensitivo espejo
Del lago que algunas veces
Refleja mi pensamiento,
El cisne asusta de rojo,
Y yo de blanca doy miedo!

Plegaria

— Eros: ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
De yo no sé qué formidable raza
En una eterna espera inenarrable.
Los cráteres dormidos de sus bocas
Dan la ceniza negra del Silencio,
Mana de las columnas de sus hombros
La mortaja copiosa de la Calma,
Y fluye de sus órbitas la noche;
Víctimas del Futuro o del Misterio,
En capullos terribles y magníficos
Esperan a la Vida o a la Muerte.
Eros: ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas? —

Piedad para las vidas
Que no doran a fuego tus bonanzas
Ni riegan o desgajan tus tormentas;
Piedad para los cuerpos revestidos
Del armiño solemne de la Calma,
Y las frentes en luz que sobrellevan
Grandes lirios marmóreos de pureza,
Pesados y glaciales como témpanos;
Piedad para las manos enguantadas
De hielo, que no arrancan
Los frutos deleitosos de la Carne
Ni las flores fantásticas del alma;
Piedad para los ojos que aletean
Espirituales párpados:
Escamas de misterio,
Negros telones de visiones rosas...

¡Nunca ven nada por mirar tan lejos!
 Piedad para las pulcras cabelleras
 – Místicas aureolas –
 Peinadas como lagos
 Que nunca airea el abanico negro,
 Negro y enorme de la tempestad;
 Piedad para los ínclitos espíritus
 Tallados en diamante,
 Altos, claros, extáticos
 Pararrayos de cúpulas morales;
 Piedad para los labios como engarces
 Celestes donde fulge
 Invisible la perla de la Hostia;
 – Labios que nunca fueron,
 Que no apresaron nunca
 Un vampiro de fuego
 Con más sed y más hambre que un abismo. –
 Piedad para los sexos sacrosantos
 Que acoraza de una
 Hoja de viña astral la Castidad;
 Piedad para las plantas imantadas
 De eternidad que arrastran
 Por el eterno azur
 Las sandalias quemantes de sus llagas;
 Piedad, piedad, piedad
 Para todas las vidas que defiende
 De tus maravillosas intemperies
 El mirador enhiesto del Orgullo:

 Apúntales tus soles o tus rayos!

 Eros: ¿acaso no sentiste nunca
 Piedad de las estatuas?...

A lo lejos...

Tu vida viuda enjoyará aquel día...
 En la gracia silvestre de la aldea
 Era una llaga tu perfil arcano;
 Insólito, alarmante sugería
 El esmalte de espléndida preseca
 Sobre un pecho serrano.

Por boca de la abierta ventana suspiraba
 Toda la huerta en flor, era por puro
 Toda la aldea el cuarto asoleado;
 ¿Recuerdas?... Sobre mí se proyectaba,
 Más mortal que tu sombra sobre el muro,
 Tu solemne tristeza de extraviado...

Tus manos alargadas de tenderse al Destino,
 Todo palidecidas de amortajar quimeras,
 Parecían tocarme de muy lejos...
 Tus ojos eran un infinito camino
 Y crecían las lunas nuevas de tus ojeras;
 En solo un beso nos hicimos viejos...

– ¡Oh beso!... flor de cuatro pétalos... dos de Ciencia
 Y dos iluminados de inocencia...
 El cáliz una sima embriagante y sombría. –
 Por un milagro de melancolía,
 Mármol o bronce me rompí en tu mano
 Derramando mi espíritu, tal un pomo de esencia.

Tu vida viuda enjoyará aquel día...
 Mi nostalgia ha pintado tu perfil Wagneriano
 Sobre el velo tremendo de la ausencia.

AL LECTOR

Actualmente preparo *Los astros del abismo*.

Al incluir en el presente volumen —segunda edición de *Cantos de la mañana* y de parte de *El libro blanco*— estas poesías nuevas, no he perjudicado en nada la integridad de mi libro futuro. Él deberá de ser la cúpula de mi obra.

Y me seduce el declarar que si mis anteriores libros han sido sinceros y poco meditados, estos *Cálices vacíos*, surgidos en un bello momento hiperestésico, constituyen el más sincero, el menos meditado... Y el más querido.

EL ROSARIO DE EROS
1924

EL ROSARIO DE EROS

Cuentas de mármol

Yo, la estatua de mármol con cabeza de fuego,
Apagando mis sienes en frío y blanco ruego...

Engarzado en un gesto de palmera o de astro
Vuestro cuerpo, esa hipnótica alhaja de alabastro
Tallada a besos puros y bruñida en la edad;
Serenó, tal habiendo la luna por coraza;
Blanco, más que si fuerais la espuma de la Raza,
Y desde el tabernáculo de vuestra castidad,

Nevad a mí los lises hondos de vuestra alma;
Mi sombra besará vuestro manto de calma,
Que creciendo, creciendo me envolverá con Vos;
Luego será mi carne en la vuestra perdida...
Luego será mi alma en la vuestra diluida...
Luego será la gloria... ¡y seremos un dios!

— Amor de blanco y frío,
Amor de estatuas, lirios, astros, dioses...
¡Tú me lo des, Dios mío!

Cuentas de sombra

Los lechos negros logran la más fuerte
Rosa de amor; arraigan en la muerte.
Grandes lechos tendidos de tristeza,
Tallados a puñal y doselados
De insomnio; las abiertas
Cortinas dicen cabelleras muertas;
Buenas como cabezas
Hermanas son las hondas almohadas:
Plintos del Sueño y del Misterio gradas.

Si así en un lecho, como flor de muerte,
Damos llorando, como un fruto fuerte
Maduro de pasión, en carnes y almas,
¡Serán especies desoladas, bellas,
Que besen el perfil de las estrellas
Pisando los cabellos de las palmas!

— Gloria al amor sombrío,
Como la muerte pudre y ennoblece:
¡Tú me lo des, Dios mío!

Cuentas de fuego

Cerrar la puerta cómplice con rumor de caricia,
Deshojar hacia el mal el lirio de una veste...
— La seda es un pecado, el desnudo es celeste;
Y es un cuerpo mullido un diván de delicia. —

Abrir brazos... así todo ser es alado,
O una cálida lira dulcemente rendida
De canto y de silencio... más tarde, en el helado
Más allá de un espejo, como un lago inclinado,
Ver la olímpica bestia que elabora la vida...

Amor rojo, amor mío;
Sangre de mundos y rubor de cielos...
¡Tú me lo des, Dios mío!

Cuentas de luz

Lejos como en la muerte
Siento arder una vida vuelta siempre hacia mí,
Fuego lento hecho de ojos insomnes, más que fuerte
Si de su allá insondable dora todo mi aquí.
Sobre tierras y mares su horizonte es mi ceño,
Como un cisne sonámbulo duerme sobre mi sueño
Y es su paso velado de distancia y reproche
El seguimiento dulce de los perros sin dueño
Que han roído ya el hambre, la tristeza y la noche,
Y arrastran su cadena de misterio y ensueño.

Amor de luz, un río
Que es el camino de cristal del Bien.
¡Tú me lo des, Dios mío!

Cuentas falsas

Los cuervos negros sufren hambre de carne rosa;
En engañosa luna mi escultura reflejo,
Ellos rompen sus picos, martillando el espejo,
Y al alejarme irónica, intocada y gloriosa,
Los cuervos negros vuelan hartos de carne rosa.

Amor de burla y frío,
Mármol que el tedio barnizó de fuego,
O lirio que el rubor vistió de rosa,
Siempre lo dé, Dios mío...

O rosario fecundo,
Collar vivo que encierra
La garganta del mundo.
Cadena de la tierra
Constelación caída.

O rosario imantado de serpientes,
Glisa hasta el fin entre mis dedos sabios,
Que en tu sonrisa de cincuenta dientes
Con un gran beso se prendió mi vida:
Una rosa de labios.

OTROS POEMAS

Mis amores

Hoy han vuelto.
Por todos los senderos de la noche han venido
A llorar en mi lecho.
¡Fueron tantos, son tantos!
Yo no sé cuáles viven, yo no sé cuál ha muerto.
Me lloraré yo misma para llorarlos todos.
La noche bebe el llanto como un pañuelo negro.

Hay cabezas doradas a sol, como maduras...
Hay cabezas tocadas de sombra y de misterio,
Cabezas coronadas de una espina invisible,
Cabezas que sonrosa la rosa del ensueño.
Cabezas que se doblan a cojines de abismo,
Cabezas que quisieran descansar en el cielo,
Algunas que no alcanzan a oler a primavera,
Y muchas que trascienden a las flores de invierno.

Todas esas cabezas me duelen como llagas...
Me duelen como muertos...
¡Ah!... y los ojos... los ojos me duelen más: son dobles!
Indefinidos, verdes, grises, azules, negros,
Abrajan si fulguran,
Son caricias, dolor, constelación, infierno.

Sobre toda su luz, sobre todas sus llamas,
Se iluminó mi alma y se templó mi cuerpo.
Ellos me dieron sed de todas esas bocas...
De todas estas bocas que florecen mi lecho;

Vasos rojos o pálidos de miel o de amargura
Con lises de armonía o rosas de silencio,
De todos estos vasos donde bebí la vida,
De todos estos vasos donde la muerte bebo...
El jardín de sus bocas venenoso, embriagante,
En donde respiraba sus almas y sus cuerpos,
Humedecido en lágrimas
Ha rodeado mi lecho...

Y las manos, las manos colmadas de destinos
Secretos y alhajadas de anillos de misterios...
Hay manos que nacieron con guantes de caricias,
Manos que están colmadas de la flor del deseo,
Manos en que se siente un puñal nunca visto,
Manos en que se ve un intangible cetro;
Pálidas o morenas, voluptuosas o fuertes,
En todas, todas ellas, pude engarzar un sueño.

Con tristeza de almas
Se doblegan los cuerpos
Sin velos, santamente
Vestidos de deseo.

Imanes de mis brazos, panales de mi entraña,
Como a invisible abismo se inclinan a mi lecho...

¡Ah, entre todas las manos yo he buscado tus manos!
Tu boca entre las bocas, tu cuerpo entre los cuerpos;
De todas las cabezas yo quiero tu cabeza,

De todos esos ojos, ¡tus ojos solos quiero!
Tú eres el más triste, por ser el más querido,
Tú has llegado el primero por venir de más lejos...

¡Ah, la cabeza oscura que no he tocado nunca
Y las pupilas claras que miré tanto tiempo!
Las ojeras que ahondamos la tarde y yo, inconscientes,
La palidez extraña que doblé sin saberlo.

Ven a mí: mente a mente;
Ven a mí: ¡cuerpo a cuerpo!
Tú me dirás qué has hecho de mi primer suspiro,
Tú me dirás qué has hecho del sueño de aquel beso.
Me dirás si lloraste cuando te dejé solo...
¡Y me dirás si has muerto!...

Si has muerto,
Mi pena enlutará la alcoba lentamente,
Y estrecharé tu sombra hasta apagar mi cuerpo.
Y en el silencio ahondado de tiniebla,
Y en la tiniebla ahondada de silencio,
Nos velará llorando, llorando hasta morir
Nuestro hijo: el recuerdo.

Tu amor, esclavo, es como un sol muy fuerte...

Tu amor, esclavo, es como un sol muy fuerte:
Jardinero de oro de la vida,
Jardinero de fuego de la muerte,
En el carmen fecundo de mi vida.

Pico de cuervo con olor de rosas,
Aguijón enmelado de delicias
Tu lengua es. Tus manos misteriosas
Son garras enguantadas de caricias.

Tus ojos son mis medianoches crueles,
Panales negros de malditas mieles
Que se desangran en mi acerbidad;

Crisálida de un vuelo del futuro,
Es tu abrazo magnífico y oscuro
Torre embrujada de mi soledad.

El arroyo

¿Te acuerdas?... El arroyo fue la serpiente buena...
Fluía triste y triste como un llanto de ciego,
Cuando en las piedras grises donde arraiga la pena,
Como un inmenso lirio, se levantó tu ruego.

Mi corazón, la piedra más gris y más serena,
Despertó en la caricia de la corriente, y luego
Sintió cómo la tarde, con manos de agarena,
Prendía sobre él una rosa de fuego.

Y mientras la serpiente del arroyo blandía
El veneno divino de la melancolía,
Tocada de crepúsculo me abrumó tu cabeza.

La coroné de un beso fatal; en la corriente
Vi pasar un cadáver de fuego... Y locamente
Me derrumbó en tu abrazo profundo la tristeza.

Por tu musa

Cuando derramas en los hombros puros
De tu musa la túnica de nieve,
Yo concentro mis pétalos oscuros
Y soy el lirio de alabastro leve.

Para tu musa en rosa, me abro en rosa;
Mi corazón es miel, perfume y fuego;
Y vivo y muero de una sed gloriosa:
Tu sangre viva debe ser mi riego.

Cuando velada por un tul de luna
Bebe calma y azur en la laguna
Yo soy el cisne que soñando vuela;

Y si en luto magnífico la vistes,
Para vagar por los senderos tristes,
Soy la luz o la sombra de una estela...

Diario espiritual

Es un lago mi alma;
Lago, vaso de cielo,
Nido de estrellas en la noche calma,
Copa del ave y de la flor, y suelo
De los cisnes y el alma.

•

– *Un lago fue mi alma...* –

Mi alma es una fuente
Donde canta un jardín; sonrosan rosas
Y vuelan alas en su melodía;
Engarza gemas armoniosamente
En el oro del día.

•

– *Mi alma fue una fuente...* –

Un arroyo es mi alma;
Larga caricia de cristal que rueda
Sobre carne de seda,
Camino de diamantes de la calma.

•

– *Fue un arroyo mi alma...* –

Mi alma es un torrente;
Como un manto de brillo y armonía,
Como un manto infinito desbordado

De una torre sombría,
¡Todo lo envuelve voluptuosamente!

•

– *Mi alma fue un torrente...* –

Mi alma es todo un mar,
No un vómito siniestro del abismo:
Un palacio de perlas, con sirenas,
Abierto a todas las riberas buenas,
Y en que el amor divaga sin cesar...
Donde ni un lirio puede naufragar.

•

– *Y mi alma fue mar...* –

Mi alma es un fangal;
Llanto puso el dolor y tierra puso el mal.
Hoy apenas recuerda que ha sido de cristal;
No sabe de sirenas, de rosas ni armonía;
Nunca engarza una gema en el oro del día...
Llanto y llanto el dolor, y tierra y tierra el mal!...

•

– *Mi alma es un fangal...* –

¿Dónde encontrar el alma que en su entraña sombría
Prenda como una inmensa semilla de cristal?

La cita

En tu alcoba techada de ensueños, haz derroche
De flores y de luces de espíritu; mi alma,
Calzada de silencio y vestida de calma,
Irás a ti por la senda más negra de esta noche.

Apaga las bujías para ver cosas bellas;
Cierra todas las puertas para entrar la Ilusión;
Arranca del Misterio un manojo de estrellas
Y enflora como un vaso triunfal tu corazón.

¡Y esperarás sonriendo, y esperarás llorando!...
Cuando llegue mi alma, tal vez reces pensando
Que el cielo dulcemente se derrama en tu pecho...

Para el amor divino ten un diván de calma,
O con el lirio místico que es su arma, mi alma
Apagará una a una las rosas de tu lecho.

Anillo

Raro anillo que clarea,
Raro anillo que sombrea
Una profunda amatista.

Crepúsculo vespertino
Que en tu matinal platino
Engarzó espléndido artista.

El porvenir es de miedo...
¿Será tu destino un dedo
De tempestad o de calma?

Para clararte y sombrearte,
¡Si yo pudiera glisarte
En un dedo de mi alma!...

Serpentina

En mis sueños de amor ¡yo soy serpiente!
Gliso y ondulo como una corriente;
Dos píldoras de insomnio y de hipnotismo
 Son mis ojos; la punta del encanto
Es mi lengua... ¡y atraigo como el llanto!
 Soy un pomo de abismo.

Mi cuerpo es una cinta de delicia,
Glisa y ondula como una caricia...

Y en mis sueños de odio ¡soy serpiente!
Mi lengua es una venenosa fuente;
Mi testa es la luzbética diadema,
Haz de la muerte, en un fatal soslayo
Con mis pupilas; y mi cuerpo en gema
 ¡Es la vaina del rayo!

Si así sueño mi carne, así es mi mente:
 Un cuerpo largo, largo, de serpiente,
Vibrando eterna, ¡voluptuosamente!

Sobre una tumba cándida

«Ha muerto... ha muerto»... dicen tan claro que no entiendo...
¡Verter licor tan suave en vaso tan tremendo!...
Tal vez fue un mal extraño tu mirar por divino,
Tu alma por celeste, o tu perfil por fino...

Tal vez fueron tus brazos dos capullos de alas...
Eran cielo a tu paso los jardines, las salas,
Y te asomaste al mundo dulce como una muerta!
Acaso tu ventana quedó una noche abierta,
– ¡Oh, tentación de alas una ventana abierta! –

¡Y te sedujo un ángel por la estrella más pura...
Y tus alas abrieron, y cortaron la altura
En un tijereteo de luz y de candor!

Y en la alcoba que tu alma tapizaba de armiño,
Donde ardían los vasos de rosas de cariño,
La Soledad llamaba en silencio al Horror...

Mi plinto

Es creciente, diríase
Que tiene una infinita raíz ultraterrena...
Lábralo muchas manos
Retorcidas y negras,
Con muchas piedras vivas...
Muchas oscuras piedras
Crecientes como larvas.
Como al impulso de una omnipotente araña...
Las piedras crecen, crecen;
Las manos labran, labran.

– Labrad, labrad, ¡oh manos!
Creced, creced, ¡oh piedras!
Ya me embriaga un glorioso
Aliento de palmeras.

Ocultas entre el pliegue más negro de la noche,
Debajo del rosal más florido del alba,
Tras el bucle más rubio de la tarde
Las tenebrosas larvas
De piedra crecen, crecen,
Las manos labran, labran,
Como capullos negros
De infernales arañas.

– Labrad, labrad, ¡oh manos!
Creced, creced, ¡oh piedras!
Ya me abrazan los brazos
De viento de la sierra.

Van entrando los soles en la alcoba nocturna,
Van abriendo las lunas el silencio de nácar...

Tenaces como ebrias
De un veneno de araña
Las piedras crecen, crecen,
Las manos labran, labran.

– Labrad, labrad, ¡oh manos!
Creced, creced, ¡oh piedras!
¡Ya siento una celeste
Serenidad de estrella!

El dios duerme

A Julieta, sobre la tumba de Julio

El dios duerme su gloria a tu amparo, Julieta;
Una lanza de amor en tu brazo sonrosa;
Su *berceuse* fue blanca, tu *berceuse* es violeta...
Eres rosa en su lecho, eres lirio en su fosa.

— Las serpientes del mundo, apuntadas, acechan
Las palomas celestes que en tu carne sospechan. —

El dios duerme, Julieta; su almohada es de estrellas
Pulidas por tu mano, y tu sombra es su manto;
La veladora insomne de tu mirada estrellas
En la noche, rival única de tu encanto.

— Y las bellas serpientes, encendidas, meditan
En las suaves palomas que en tu cuerpo dormitan. —

Y el dios despertará nadie sabe en qué día,
Nadie sueña en qué tierra de glorificación.
Si se durmió llorando, que al despertar sonría...
En el vaso de luna de tu melancolía
Salva como un diamante rosa tu corazón.

¡Y sálvalo de Todo sobre tu corazón!

En el camino

Yo iba sola al misterio bajo un sol de locura
Y tú me derramaste tu sombra, peregrino;
Tu mirada fue buena como una senda oscura,
Como una senda húmeda que vendara el camino.

Me fue pródiga y fértil tu alforja de ternura:
Tuve el candor del pan, y la llama del vino;
Mas tu alma en un pliegue de su astral vestidura,
Abrojo de oro y sombra, se llevó mi destino.

Mis manos, que tus manos abrigaron, ya nunca
Se enfriarán, y guardando la dulce malla trunca
De tus caricias ¡nunca podrán acariciar!...

En mi cuerpo, una torre de recuerdo y espera
Que se siente de mármol y se sueña de cera,
Tu Sombra logra rosas de fuego en el hogar;
Y en mi alma, un castillo desolado y sonoro
Con pántinas de tedio y humedades de lloro,
¡Tu Sombra logra rosas de nieve en el hogar!

Boca a boca

Copa de vida donde quiero y sueño
Beber la muerte con fruición sombría,
Surco de fuego donde logra Ensueño
Fuentes semillas de melancolía.

Boca que besas a distancia y llamas
En silencio, pastilla de locura
Color de sed y húmeda de llamas...
¡Verja de abismo es tu dentadura!

Sexo de un alma triste de gloriosa,
El placer unges de dolor; tu beso,
Puñal de fuego en vaina de embeleso,
Me come en sueños como un cáncer rosa...

Joya de sangre y luna, vaso pleno
De rosas de silencio y de armonía,
Nectario de su miel y su veneno,
Vampiro vuelto mariposa al día.

Tijera ardiente de glaciales lirios.
Panal de besos, ánfora viviente
Donde brindan delicias y delirios
Fresas de aurora en vino de Poniente...

Estuche de encendidos terciopelos
En que su voz es fúlgida presea,
Alas del verbo amenazando vuelos,
Cáliz en donde el corazón flamea.

Pico rojo del buitre del deseo
Que hubiste sangre y alma entre mi boca,
De tu largo y sonante picoteo
Brotó una llaga como flor de roca.

Inaccesible... Si otra vez mi vida
Cruzas, dando a la tierra removida
Siembra de oro tu verbo fecundo,
Tú curarás la misteriosa herida:
Lirio de muerte, cóndor de vida.
¡Flor de tu beso que perfuma al mundo!

Con Selene

Medallón de la noche con la imagen del día
Y herido por la perla de la melancolía;
Hogar de los espíritus, corazón del azul,
La tristeza de novia en su torre de tul;
Máscara del misterio o de la soledad,
Clavada como un hongo sobre la inmensidad,
Primer sueño del mundo, florecido en el cielo,
O la primer blasfemia suspendida en su vuelo...
Gran lirio astralizado, copa de luz y niebla,
Caricia o quemadura del sol en la tiniebla;
Bruja eléctrica y pálida que orienta en los caminos,
Extravía en las almas, hipnotiza destinos...
Desposada del mundo en magnética ronda;
Sonámbula celeste paso a paso de blonda;
Patria blanca o siniestra de lirios o de cirios,
Oblea de pureza, pastilla de delirios;
Talismán del abismo, melancólico y fuerte,
Imantado de vida, imantado de muerte...
A veces me pareces una tumba sin dueño...
Y a veces... una cuna ¡toda blanca! tendida de esperanza y de ensueño...

Tus ojos, esclavos moros

En tu frialdad se emboscaban
Los grandes esclavos moros;
Negros y brillando en oros
De lejos me custodiaban.

Y, devorantes, soñaban
En mí no sé qué tesoros...
Tras el cristal de los lloros
Guardaban y amenazaban.

Ritmaban alas angélicas,
Ritmaban manos luzbélicas
Sus dos pantallas extrañas;

Y al yo mirarlos por juego,
Sus alabardas de fuego
Llegaron a mis entrañas.

Las voces laudatorias

Para André

Hermano: a veces dudo si existes o te sueño;
Coronado de espíritus reinas en la Belleza
Teniendo por vasallos la Vida y el Ensueño,
Y por novia la Gloria que el crepúsculo reza:

«Dios salve de sus ojos los dos largos estíos;
»Y mariposa ebria de sol, su cabellera;
»Y su boca, una rosa fresca sobre los ríos
»Del Fuego y la Armonía; y los vasos de cera

»De sus manos colmadas de rosas de cariño;
»Y su cuerpo sin sombra que reviste un armiño
»De castidad sobre una púrpura de pasión.

»Y, ante todo, Dios salve el rincón de su vida
»Do el Espíritu Santo de su espíritu anida:
»Ante todo, Dios salve en mí su corazón!»

El Ensueño se encierra en su boca sedeña...
El Ensueño no habla ni nada: sueña, sueña...

Y la Vida cantando a la sombra de un lloro:
«Su mirada me viste de terciopelo y fuego,
»O me vierte dos copas de tiniebla y de oro
»O abre en rosas mi carne con un cálido riego.

»Su cuerpo hecho de pétalos de placer y de encanto,
»Corola el cáliz negro de la melancolía,
»Y su espíritu vuela de sus labios en canto
»En un pájaro rosa con una ala sombría.
»Cuando clava el divino monstruo de su belleza

»Su dentadura húmeda de miel y de tristeza,
»Es un mal o es un bien tan extraño y tan fuerte,

»Que la cabeza cae como una piedra oscura
»Buscando la fantástica venda de la locura
»O una honda y narcótica almohada de muerte.»

Y el ensueño se encierra en su boca sedeña;
El ensueño no habla ni nada: sueña, sueña...

Y yo te digo: hermano del corazón sonoro,
A tu paso los muros dan ventanas de anhelo,
Y se enojan las almas de sonrisa y de lloro
Y arde una bienvenida de rosas en el suelo.

En tu lira de brazos que abrazaran el vuelo
Fulgen las siete llaves de lírico tesoro,
O los siete peldaños de una escala de oro
Que asciende del abismo y desciende del cielo.

¡Eres Francia!... Tu sangre, tu alma, tu poesía
Forman un lis de fuego, de gloria y de armonía
Con que París corona su frente de crisol;

Si un día la nostalgia te diera fiebre o frío
Deja fluir tu espíritu como un Sena sombrío
O ábrelo como un manto de tu lejano sol!

Y el ensueño encerrado en su boca sedeña;
El Ensueño no habla ni nada: sueña, sueña...

INTRODUCCIÓN
por Martha L. Canfield 5

POESÍA COMPLETA

«LA ALBORADA» (1902-1903)

La violeta	17
La esperanza	18
Ojos-nidos	19
<i>Cuando abriendo tu boca perfumada...</i>	20
<i>La belleza más pura y delicada...</i>	21
¡Poesía!	22
Crepúsculo	23
La fantasía	25
Flor nocturna	26
<i>Tus grandes ojos de oriental pupila...</i>	28
¡Artistas!	30
Claroscuro	31
Fantasmas	34
La duda	37
Monóstrofe	38
Viene...	39
Capricho	40

EL LIBRO BLANCO (FRÁGIL) (1907)

El poeta leva el ancla	45
Por campos de ensueño	46
Noche de reyes	47
La sed	48
Rebelión	49
El arte	50

La estatua	51
El austero	52
Astrólogos	53
Jirón de púrpura	54
Racha de cumbres	55
Al vuelo	57
El hada color de rosa	59
La musa	60
La siembra	61
La musa gris	63
Nardos	65
Arabesco	67
Mi oración	68
Nocturno hivernal	69
<i>Mi musa tomó un día la placentera ruta...</i>	70
Visión de otoño	71
Carnaval	72
De mi numen a la muerte	75
Muerte magna	76
El poeta y la diosa	77
Tarde pálida	79
El poeta y la ilusión	81
Medioeval	82
Evocación	84
La miel	87
Una chispa	88
La canción del mendigo	89
Pasó la ilusión	90
Batiendo la selva	91
Variaciones	92
La agonía del sueño	94
Mi musa triste	96
Al claro de luna	98
Ave de luz	99
<i>Sobre el mar que los cielos del Ensueño retrata...</i>	100
Iniciación	101

Mis ídolos	102
Misterio: ven...	105
ORLA ROSA	
Íntima	106
Explosión	108
Amor	109
El intruso	110
La copa del amor	111
Mi aurora	113
Desde lejos	114

CANTOS DE LA MAÑANA (1910)

Fragmentos	117
Elegías dulces	119
La barca milagrosa	121
El vampiro	122
Supremo idilio	123
<i>La intensa realidad de un sueño lúgubre...</i>	126
A una cruz	127
Lo inefable	129
<i>La noche entró en la sala adormecida...</i>	130
Las coronas	131
¡Vida!	132
Las alas	134
Un alma	136
El nudo	137
Fue al pasar	138
Tú dormías...	139
Primavera	140
Los relicarios dulces	142
POEMAS	
El diamante	143
El raudal	143
Los retratos	143

LOS CÁLCES VACÍOS (POESÍAS) (1913)

<i>Pórtico de Rubén Darío</i>	147
<i>Debout sur mon orgueil je veux montrer au soir...</i>	148
<i>Ofrendando el libro. A Eros</i>	149
Nocturno	150
Tu boca	151
¡Oh tú!	152
En tus ojos	154
Día nuestro	156
Tres pétalos a tu perfil	157
La ruptura	158
Visión	159
LIS PÚRPURA	
Con tu retrato	161
En silencio...	162
Otra estirpe	163
DE FUEGO, DE SANGRE Y DE SOMBRA	
El surtidor de oro	164
Fiera de amor	165
Ceguera	166
Inextinguibles...	167
Para tus manos	168
Nocturno	171
El cisne	172
Plegaria	175
A lo lejos...	177
Al lector	178

EL ROSARIO DE EROS (1924)

EL ROSARIO DE EROS	
Cuentas de mármol	181
Cuentas de sombra	182
Cuentas de fuego	183
Cuentas de luz	184
Cuentas falsas	185

OTROS POEMAS

Mis amores	186
<i>Tu amor, esclavo, es como un sol muy fuerte...</i>	189
El arroyo	190
Por tu musa	191
Diario espiritual	192
La cita	194
Anillo	195
Serpentina	196
Sobre una tumba cándida	197
Mi plinto	198
El dios duerme	200
En el camino	201
Boca a boca	202
Con Selene	204
Tus ojos, esclavos moros	205
Las voces laudatorias	206

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2009,
en los talleres de J. de Haro en Sevilla. Para su composición
se utilizó papel Arcoprint Avorio de Fedrigoni y las familias
tipográficas Hoeller e Ibarra Real.

DELMIRA AGUSTINI (Montevideo, 1886-1914) se educó en un ambiente familiar de costumbres tradicionales pero también de marcados intereses culturales. Así, su precoz vocación para la poesía, que le ganara la notoriedad siendo apenas una adolescente, fue comprendida y estimulada por sus padres. El escándalo que se desató a partir de su muerte –asesinada por el marido de quien se acababa de divorciar pero con el cual seguía manteniendo relaciones clandestinas– condicionó por mucho tiempo la visión de su obra, poniendo en evidencia lo más espectacular de ella, o sea erotismo y femineidad, y descuidando los aspectos más profundos de su aporte a la poesía modernista. Logró publicar en vida tres libros: *El libro blanco* (1907), *Cantos de la mañana* (1910) y *Los cálices vacíos* (1913). Después de su muerte, su padre y su hermano se encargaron de recoger y editar el libro póstumo *Los astros del abismo* (1924).

